

Charles Baudelaire

Pequeños poemas en prosa
Traducción y prólogo: Marco Antonio Campos

Ediciones Coyoacán
1995
México

Prólogo

1

Baudelaire recomendaba en sus Diarios Intimos: “Sé poeta, aun en prosa”. Puede haber serias contradicciones entre lo que Baudelaire hizo y dijo, pero esta opinión la cumplió cabalmente. Su prosa es la de un poeta, o si se quiere, para decirlo con sus palabras, es un gran poeta en prosa.

“Para Baudelaire cada palabra cuenta”, señala Eliot al reprobar parcialmente la traducción hecha por Arthur Symons de Las flores del mal. Para Baudelaire cada palabra cuenta hasta una obsesión desesperante en la poesía y en la prosa.

2

No es fácil encontrar un escritor —está en algunos libros de Gide, está con frecuencia en la obra de Albert Camus— la reunión de una gran sensualidad y un poderoso pensamiento. ¿Quién, me digo, no se ve envuelto en la sensual atmósfera que hallamos en la primera mitad de “La estancia doble”? ¿Quién al leer “El hemisferio de una cabellera” no se adentra en los olores de la cabellera femenina y no se trans-porta hacia otros mares y climas? Ciertamente, en el primer caso Baudelaire fue ayudado por el incentivo del láudano, ¿pero cuántos lo han probado sin que el lenguaje literario los corresponda? ¿Cuántos que hunden su rostro en la cabellera de la mujer han encontrado el olor, pero no el juego de asociaciones imaginativas en el olor mismo?

3

En sus mejores páginas y momentos Baudelaire hilvana lo grotesco y lo trágico. Pocos, como él, para percibir el mal y darle un aspecto tan hermoso y terrible.

Lo grotesco y lo trágico: la viejita encorvada que rechazan todos, el fatuo francesito que se burla del asno para que festejen los amigos; el loco artificial, quien, lloroso, quiere gritar a los pies de Venus que él también

puede apreciar la belleza; el viejo saltimbanqui que hace recordar el abandono atroz del viejo poeta, y que anticipa, en cierta forma, relatos como “El artista del hambre” y “El artista del trapecio”; los niños que luchan con ferocidad por arrebatarse un migajón que para ellos es un verdadero pastel; el niño rico que admira el atractivo juguete del niño pobre: una rata viva; el mendigo que al estar recibiendo una paliza, se sobrepone al arbitrario ataque, y le devuelve la paliza al golpeador; la “señorita bisturí” y su excéntrica busca de médicos para amantes...

Pero donde encontramos la más precisa y preciosa ironía, donde el genio de Baudelaire nos deslumbra más, es en dos textos: en el fino y atroz relato de “La muerte heroica” y en “El jugador generoso”. El primero, que nos arrebatara en la lectura y en el recuerdo, nos recuerda brillantes relatos carnalescos de su venerado e imperecedero Edgar Allan Poe. En él se cuentan las excentricidades del príncipe, en particular una, la última, en la que quiere ver a su ex comediante favorito “para gozar los valores escénicos de un hombre condenado a muerte”. El príncipe, el comediante y el público son vistos a través de la lupa ardiente del narrador, y observamos la impasibilidad del príncipe y la actuación excepcional de Fanciullo, hasta el imprevisto y fulminante final. En este poema es donde mejor se advierte el método que recomendaba el mismo Baudelaire: naturalismo a ultranza e ironía, y al último, el giro satánico.

No estaría mal asimismo detenerse en “El jugador generoso”, donde Baudelaire, igual que en “Las tentaciones o Eros, Pluto y la Gloria” recrea —reinventa— la antigua e inagotable historia de la venta del alma, gracias, por supuesto, a que el diablo existe.

4

En esta tensa y colorida “serpiente”, como la llama en la dedicatoria a Arsene Houssaye, encontramos varias de las constantes baudelerianas: su amor fervoroso por la soledad; la riqueza imaginativa que nos dan más los anhelos y las fantasías del viaje, que el viaje mismo; el horror al hastío; las difíciles delimitaciones entre el bien y el mal; un catolicismo extraño y complejo, que ha ocupado y preocupado a sus críticos; el poeta como un iluminado y un incomprendido; su difícil misoginia, llena de ternura y menosprecio; la interdependencia cruel y dichosa —cruelmente dichosa— del verdugo y la víctima; la carnalidad putrefacta; un hondo desprecio —como el que tendría después Nietzsche— por los políticos y el pueblo; su desdén por los franceses y lo francés; su detestación de la ignorancia, la estupidez y la

maldad; las decorativas y exóticas fantasías orientales; el afán de perfección y belleza, la exploración de analogías y correspondencias; las referencias o recreaciones musicales; están la presencia del vino y del láudano, el diablo con ustedes.

5

“Hay destinos fatales. Existen en la literatura de cada país hombres que llevan escritas las palabras mala suerte en caracteres misteriosos en los pliegues sinuosos de sus frentes” —escribe Baudelaire al principio de su primer trabajo sobre Poe (1852), y lo asocia con lo ejemplos sensibles y patéticos de Balzac y Vauvenargues, de Rousseau y Hoffmann, y culpa de la muerte de Poe a ese país democrático y adulador del progreso que no lo comprendió ni lo merecía.

Poe representaba para Baudelaire, según la observación de Eliot, el prototipo del poeta maldito, del estigmatizado, del gran poeta a quien no entiende ni busca entender una sociedad que, por otro lado, es incapaz de apreciar otro genio que no sea el de hacer dinero. El excéntrico admirable que, sin embargo vivirá más que esa sociedad.

Baudelaire vivió cosido por las deudas, la enfermedad, la incompreensión y el sufrimiento. Acaso el mejor final para este prólogo sea una máxima abrasante de él mismo que se encuentra en los Diarios Intimos, y que hubieran aplaudido con amargura satisfecha (lo dijeron de otro modo) Leopardi y Cernuda: “Las naciones (como las familias) tienen grandes hombres a pesar suyo”.

México, D. F., 1984

MARCO ANTONIO CAMPOS

A ARSENE HOUSSAYE

Querido amigo mío: le envió una obrita de la que no se podría decir, sin injusticia, que no tiene cola ni cabeza, pues, por el contrario, es a la vez cabeza y cola, alternativa y recíprocamente. Considere, le ruego, qué admirable comodidad ofrece esta combinación a todos: a usted, a mí, al lector. Podemos cortar donde queramos: yo y mi fantasía, usted el manuscrito, el lector su lectura. Pues no dejo colgada la voluntad reacia de éste del hilo interminable de una intriga banal. Levante una vértebra, y los dos trozos de esta fantasía tortuosa se unirán de nuevo sin esfuerzo. Despedácela en numerosos fragmentos, y verá que cada uno puede existir por su parte. Con la esperanza de que algunos trozos serán lo suficientemente intensos para complacerlo y divertirlo, me atrevo a dedicarle la serpiente completa.

Debo hacerle una breve confesión. Al hojear, por veinteava vez al menos, el famoso *Gaspar de la Noche*, de Aloysius Bertrand (un libro que conocemos usted, yo, y algunos amigos mutuos, ¿no tiene el derecho de ser llamado famoso?), se me vino la idea moderna, o más bien, de una vida moderna y más abstracta, el procedimiento que él aplicó a la pintura de la vida antigua, tan extrañamente pintoresca.

¿Quién de nosotros en sus días de ambición no soñó el milagro de una prosa poética, musical, sin ritmo y sin rima, lo bastante flexible y lo bastante golpeada para adaptarse a los movimientos líricos del alma, a las ondulaciones de la fantasía, a los sobresaltos de la conciencia?

Es sobre todo con la frecuentación de las enormes ciudades, con los cruces de sus innumerables relaciones, que nace este ideal obsesivo. ¿No intentó usted, querido amigo, traducir en una *canción* el grito estridente del *vidriero*, y de expresar en prosa lírica todas las desoladoras sugerencias que ese grito envía hasta las buhardillas, a través de las más latas brumas de la calle?

Pero a decir verdad, temo que mis celos no me hayan traído fortuna. Tan pronto como inicié este trabajo, me di cuenta de que no sólo quedaba lejos de mi misterioso y brillante modelo, sino que aun hacía algo (si esto puede llamare *algo*) singularmente distinto, accidente de que otro se enorgullecería sin duda, pero que no puede sino humillar profundamente a un espíritu que mira como el más grande honor cumplir *con precisión* lo que proyectó hacer.

Su afectísimo
C. B.

EL EXTRANJERO

—¿Qué amas más, di, hombre enigmático? ¿Tu padre, tu madre, tu hermana, tu hermano?

—No tengo padre, ni madre, ni hermana, ni hermano.

—¿Tus amigos?

—Usted emplea una palabra cuyo sentido me ha sido hasta ahora desconocido.

—¿Tu patria?

—Ignoro en qué latitud se encuentre.

—¿La belleza?

—La amaría de buena gana, diosa e inmortal.

—¿El oro?

—Lo aborrezco tanto como usted execra a Dios.

—¿Entonces qué amas, extraordinario extranjero?

—Amo las nubes... las nubes que pasan... allá... ¡las maravillosas nubes!

LA DESESPERACIÓN DE LA VIEJA

La viejita encorvada se sentía contenta de mirar al niño hermoso festejado por todos y que todos buscaban complacer; este hermoso niño, endeble como ella, y como ella, desdentado, sin cabellos.

Se acercó para sonreírle y hacerle risitas y gestos agradables.

Pero el niño, espantado, se agitaba bajo las caricias de la decrepita vieja y poblaba la casa de chillidos.

La viejita se retiró a su soledad eterna, y llorosa, en un rincón, se lamentaba: “¡Ay, para nosotras, hembras viejas, desdichadas, pasó el tiempo de agrandar, aun a los inocentes; hasta horror causamos a los pequeños que anhelamos amar!”

EL “CONFITEOR” DEL ARTISTA

¡Cómo los crepúsculos de otoño son penetrantes! ¡Oh, penetrantes hasta el dolor! Porque hay sensaciones deliciosas donde lo vago no excluye lo intenso, y la punta más acerada es la del infinito.

¡Enorme delicia hundir la mirada en la profundidad del cielo y del mar! ¡Soledad, silencio, incomparable castidad del azul! Una vela diminuta temblorosa en el horizonte, que con su pequeñez y aislamiento imita mi irremediable existencia, melodía monótona de las olas: todas estas cosas piensan por mí o yo pienso por ellas (¡porque en la grandeza de la fantasía el *yo* se pierde pronto!); ellas piensan, digo, musical y pintorescamente, sin argumentos, ni silogismos, ni deducciones.

Sin embargo, estos pensamientos que salen de mí o se lanzan desde las cosas, se vuelven pronto intensísimos. La energía en el placer crea un malestar y un sufrimiento positivo. Mis nervios demasiado tensos sólo dan vibraciones chillonas y dolorosas.

Ahora la profundidad del cielo me consterna; su limpidez me desquicia. La insensibilidad del mar, la inmovilidad del espectáculo, me sublevan... Ah, ¿necesitamos sufrir eternamente o huir eternamente de lo bello? ¡Naturaleza, hechicera despiadada, rival siempre victoriosa, abandóname! ¡Ya no tienes mis deseos ni mi orgullo! El estudio de la belleza es un duelo donde el artista grita de pavor antes de ser vencido.

UN GRACIOSO

Era el estallido del año nuevo: caos de nieve y fango, atravesado por mil carrozas, centelleante de juguetes y confites, revolviendo codicias y desesperanzas: delirio oficial de gran ciudad hecho par turbar el cerebro del solitario más fuerte.

En medio de la barahúnda y la batahola, fustigado por el látigo del patrón, trotaba un asno con viveza.

Cuando el asno iba a doblar en una esquina, un magnífico señor enguantado, con maquillaje, cruelmente elegante y prisionero de su nueva ropa, se inclinó ceremoniosamente ante la humilde bestia, y quitándose el sombrero, dijo: “¡Que la pase bien y contento!”; se volvió luego infatuado a quién sabe qué camaradas, como suplicándoles aprobación para satisfacerlo.

El asno, sin ver al estúpido bromista, continuó con celo su paso adonde lo llamaba el deber.

Por mi parte se me vino una rabia fulminante e inmensurable contra este magnífico imbécil que parecía concentrar en él todo el ingenio de Francia.

LA ESTANCIA DOBLE

Una estancia que parece una fantasía, una estancia de veras espiritual, donde la atmósfera estancada está levemente teñida de rosa y de azul.

El alma toma un baño de holganza, aromatizado de pesar y deseo. Hay algo de crepuscular, azulado, rosáceo, un sueño voluptuoso durante un eclipse.

Los muebles tienen formas alargadas, postradas, languidecidas. El moblaje parece estar soñando; se diría dotado de vida sonámbula, como el vegetal y el mineral. Las telas hablan una lengua muda, como las flores, como los cielos, como los soles crepusculares.

No hay en las paredes abominaciones artísticas. Respecto al sueño puro, a la impresión no analizada, al arte definido, el arte positivo es una blasfemia. Aquí todo tiene la claridad suficiente y la deliciosa oscuridad de la armonía.

Un olor infinitesimal, elegido con la mayor exquisitez, al que se mezcla una levísima humedad, nada en este aire donde el espíritu adormecido lo mecen sensaciones de invernáculo.

La muselina llueve con abundancia frente a las ventanas y el lecho; se derrama en cascadas nevosas. Sobre el lecho está tendida el Idolo, soberana de los sueños. Pero ¿cómo es ella? ¿Quién la trajo? ¿Qué poder mágico la instaló sobre este trono de ensoñación y placer? ¡Mírenla! La reconozco.

¡Vean la llama de esos ojos que atraviesa el crepúsculo, sutiles y terribles mirillas que reconozco en su malicia espantosa! Atraen, subyugan, devoran la mirada del imprudente que las contempla. He estudiado a menudo estas estrellas negras que imponen curiosidad y admiración.

¿A qué demonio benévolo le debo estar rodeado de misterio, silencio, paz y perfumes? ¡Oh beatitud! ¡Lo que llamamos en general la vida, aun en su expansión más feliz, no se parece nada a esta vida suprema que conozco ahora y que saboreo minuto a minuto, segundo a segundo! ¡No hay minutos ni segundos! ¡El tiempo ha desaparecido: la Eternidad reina, eternidad de delicias!

Pero un golpe terrible, pesado, resonó en la puerta, y como en sueños infernales creí recibir un golpe de azadón en el vientre.

El espectro entró: es un alguacil que viene a torturarme en nombre de la ley, o una infame concubina que llega a vociferar miserias y a sumir las

trivialidades de su vida a los dolores de la mía, o el recadero de un director de diario que reclama la continuación del manuscrito.

La estancia paradisíaca, el ídolo, la soberana de los sueños, la *sílfide*, como decía el gran René, toda la magia ha desaparecido con el golpe brutal del espectro...

¡Horror! ¡Recuerdo! ¡Sí! El tugurio, este lugar del eterno hastío, es el mío. ¡Veo los muebles necios, polvosos, desmochados; la chimenea sin llama ni brasa, manchada de escupitajos; las melancólicas ventanas donde la lluvia ha dibujado surcos en el polvo; los manuscritos, tachados o incompletos; el calendario donde el lápiz ha marcado fechas siniestras!. Y este perfume de otro mundo que me embriaga con sensibilidad perfeccionada, ay, ha sido reemplazado por un fétido olor de tabaco, mezclado a no sé qué nauseabundo moho. Se respira ahora la rancidez de la desolación.

En este mundo estrecho, lleno de repugnancia, un solo objeto que conozco me sonrío: la botella de láudano: vieja y terrible que, ay, como todas las amigas, es fecunda en caricias y traiciones.

¡Oh, sí!. El tiempo ha vuelto a aparecer. Ahora reina como soberano; y con el viejo horrible ha regresado su demoniaco cortejo de recuerdos, de lamentos, espasmos, miedos, angustias, pesadillas, cóleras, neurosis.

Yo les aseguro que los segundos están ahora fuerte y solemnemente acentuados, y cada uno, saltando del péndulo, afirma: “¡Soy la vida, la insoportable, la implacable vida!” Sólo existe un segundo en la vida humana que tiene la misión de anunciar una buena nueva, la *buena nueva* que causa a todos un inexplicable pavor.

El tiempo reina, en efecto; ha retomado su dictadura brutal, y me empuja como buey con su doble aguijón: “¡Anda, pues, anda borrico! ¡Sigue, esclavo! ¡Vive pues, maldito!”.

CADA QUIEN SU QUIMERA

Bajo un vasto cielo gris, en una gran llanura polvorienta, sin sendas, sin hierba, sin cardos, sin ortigas, encontré varios hombres que andaban encorvados.

Cada uno llevaba sobre su espalda una enorme quimera, tan pesada como un saco de harina o carbón, o el corraje de un infante romano.

Pero la monstruosa bestia no era pero inerte; por el contrario, envolvía y oprimía al hombre con sus músculos elásticos y poderosos; se agarraba con sus dos vastas garras al pecho de su montura, y su cabeza fabulosa superaba la frente del hombre, como aquellos cascos horribles con los que antiguos guerreros esperaban provocar más terror en el enemigo.

Interrogué a uno a dónde iban así. Repuso que no sabían nada, ni él ni los otros, pero que evidentemente iban hacia alguna parte, pues estaban impelidos por una invencible necesidad de caminar.

Curiosa anotación: ninguno de los viajeros tenía aire de estar irritado contra la bestia feroz, colgada de su cuello y pegada a su espalda; se diría que la consideraban parte de sí mismos. Estos rostros cansados y serios no testimoniaban ninguna desesperación; bajo la tediosa cúpula del cielo, los pies hundidos en el polvo de una tierra tan desolada como este cielo, caminaban a esperar siempre.

Y el cortejo pasó junto a mí y se hundió en la atmósfera del horizonte, por el sitio donde la superficie redondeada del planeta se oculta a la oscuridad de la mirada humana.

Por instantes me obstiné en comprender este misterio, pero pronto la irresistible indiferencia se apoderó de mí, y fui abrumado con más peso que ellos mismos con sus quimeras aplastantes.

EL LOCO Y LA VENUS

¡Qué admirable día! El vasto parque se pasma bajo el ojo abrasante del sol, como la juventud bajo el poder del amor.

El éxtasis universal de las cosas no se expresa con ningún ruido; las aguas están como adormecidas. Muy distinto a las fiestas humanas: esto es orgía silenciosa.

Se diría que una luz siempre en aumento hace crecer el centelleo de los objetos; que las flores excitadas arden del deseo de contender con el azul del cielo por la energía de sus colores, y que el calor, volviendo visibles los perfumes, los eleva hacia el cielo como humo.

Sin embargo, en este gozo universal, veo un ser afligido. A los pies de una Venus colosal, uno de aquellos locos artificiales, uno de aquellos bufones voluntarios encargados de hacer reír a los reyes cuando la contrición o el hastío los obsesiona, vestido con un atavío resplandeciente y ridículo, tocado con cuernos y campanillas, agazapado contra el pedestal, alza los ojos arrasados de lágrimas hacia la inmortal diosa, y sus ojos dicen: “Soy el último y más solitario de los hombres, sin amor, sin amistad, y muy inferior al animal más imperfecto. ¡Sin embargo, estoy hecho también para sentir y entender la belleza inmortal! ¡Oh, diosa, ten piedad de mi tristeza y mi delirio!”

Pero la implacable Venus contempla a lo lejos quién sabe qué cosas con sus ojos marmóreos.

EL PERRO Y EL FRASCO

Mi buen perro, mi bello perro, mi amado fifí, acércate y ven a respirar un perfume excelente adquirido en la mejor tienda de la ciudad”.

El perro, agitando la cola —lo que es en estos pobres seres, creo, el signo equivalente a la risa y la sonrisa— se aproxima y, con curiosidad, hunde su nariz húmeda en el frasco destapado; luego, reculando velozmente con horror me ladra a guisa de reproche.

“Ah, perro miserable, si te hubiera ofrecido un paquete de excrementos, lo habrías olfateado con delicia, y quizá devorado. De ese modo, indigno compañero de mi opaca vida, te pareces al público, a quien jamás hay que ofrecerle perfumes delicados que lo exasperen, sino inmundicias esmeradamente elegidas”.

EL MAL VIDRIERO

Hay naturalezas puramente contemplativas y por completo inadecuadas para la acción, pero que bajo un impulso misterioso y desconocido, actúan a veces con una rapidez de la que se creían incapaces.

Como el que temiendo recibir de su conserje una noticia desagradable, trota cobardemente una hora ante la puerta sin atreverse a entrar, o como el que guarda quince días una carta sin abrirla, o como el que no se decide sino seis meses después a dar el paso que era necesario desde un año antes, se sienten a veces bruscamente precipitados a la acción por una fuerza irresistible como la flecha de un arco. El moralista y el médico, que presumen saber todo, no pueden explicar de dónde viene esta energía loca a estas almas ociosas y voluptuosas, y cómo, sin capacidad para cumplir las cosas más sencillas y necesarias, hallan de pronto una valentía lujosa para perpetrar los actos más absurdos y a menudo de más riesgo.

Uno de mis amigos, el más inofensivo soñador que haya vivido nunca, incendió un bosque para ver —dijo— si el fuego se propalaba con la facilidad con que se afirma comúnmente. Diez veces la experiencia falló; a la onceava, se cumplió, impecable.

Otro encenderá su cigarro junto a un barril de pólvora, *por ver, por saber, por tentar al destino*, por obligarse a sí mismo a una prueba de energía, por juego, por conocer los placeres de la ansiedad, por nada, por capricho, por ocio. Es una suerte de fuerza que brota del hastío y de la ensoñación; y en aquellos que se manifiesta tan inopinadamente son, en general, como lo he dicho, los más indolentes y soñadores de los hombres.

Otro, tímido al grado de bajar los ojos ante la mirada de los hombres, a ese punto de reunir toda su pobre voluntad para entrar a un café o pasar ante la taquilla de un teatro donde los despachadores le parecen investidos de la majestad de Minos, Eaco o Rodamante, saltará bruscamente al cuello de un viejo que anda a su lado y lo besará con entusiasmo ante la muchedumbre asombrada.

¿Por qué? ¿Por qué... porque esta fisonomía le era irresistiblemente simpática...? Quizá; pero es más justo creer que el mismo ignore por qué.

Yo he sido más de una vez víctima de estas crisis y arranques que nos autorizan a creer que demonios maliciosos se deslizan en nosotros, y nos hacen cumplir, ignorándolo nosotros, sus más absurdas voluntades.

Una mañana me levanté triste, torpe, cansado del ocio, e impelido, me parece, a ejecutar algo grande, una acción escandalosa; entonces, ay, abrí la ventana.

(Observen, les pido, que el espíritu de mistificación que existe en algunas personas, no es resultado de trabajo o de combinación, sino de una inspiración fortuita, y partícipe con mucho, aun por ardor del deseo, de este humor — histérico según los médicos, satánico según quienes piensan un poco mejor que los médicos— que nos empuja sin resistencia a multitud de acciones peligrosas o inconvenientes).

La primera persona que vi en la calle fue un vidriero cuyo grito hiriente, discordante, subió a mí a través la pesada y sucia atmósfera parisiense. Me sería por demás imposible explicar cómo entró en mí un odio tan repentino y despótico hacia este pobre hombre. “¡Ey, ey!” le grité para que subiera. Reflexioné, sin embargo, no sin alguna alegría, que si el cuarto estaba en el sexto piso y la escalera era demasiado estrecha, el hombre tendría dificultades para subir y enganchar en los sitios principales los ángulos de su frágil mercancía.

Al fin apareció. Examiné con curiosidad sus vidrios, y le reclamé: “¿Cómo? ¿No tiene cristales de color? ¿Vidrios rosas, rojos, azules, vidrios mágicos, vidrios paradisíacos? ¡Es usted un sinvergüenza! ¡Cómo se atreve a pasearse por estos barrios pobres sin traer cristales para ver la vida hermosa!” Y lo empujé con ardor hacia la escalera donde tropezó, gruñendo.

Me acerqué al balcón, tomé un pequeño florero, y cuando el hombre salió, dejé caer perpendicularmente mi instrumento de guerra sobre el borde posterior de sus ganchos; el choque, derribándolo, acabó de romper sobre su espalda su escasa fortuna ambulatoria que se convirtió en el ruido resplandeciente de un palacio de cristal quebrado por el relámpago. Y ebrio de mi locura, le gritaba colérico: “¡La vida hermosa! ¡La vida hermosa!”.

Estas nerviosas bromas acarrear riegos, y se llega a menudo a pagarlas caro. ¿Pero qué vale la eternidad de la condenación a quien ha encontrado en un segundo lo infinito del goce?.

A LA UNA DE LA MAÑANA

¡Al fin solo!. No se oye sino el rodar de algunos coches retrasados y derrengados. Por unas horas poseeremos el silencio, si no el reposo. ¡Al fin!. La tiranía del rostro humano ha desaparecido, y ya no sufriré sino por mí mismo.

¡Al fin!. ¡Me está pues permitido el descanso en un baño de tinieblas!. Por principio, doble vuelta a la cerradura. Me parece que este giro de llave aumentará mi soledad y fortalecerá las barricadas que me separan ahora del mundo.

¡Horrible vida!. ¡Ciudad horrible!. Recapitulemos la jornada: haber visto a varios hombres de letras, de los cuales uno me preguntó si podría ir a Rusia por vía terrestre (creía sin duda que Rusia era una isla); haber disputado generosamente con el director de una revista, que a cada objeción contestaba: “Está aquí entre gente honesta”, lo que indica que los otros diarios son redactados por granujas; haber saludado a una veintena de personas, de las que quince me eran desconocidas; haber distribuido apretones de mano en la misma proporción, sin haberme precavido de comprar guantes; haber subido para matar el tiempo, durante un aguacero, al departamento de una bailarina, que me ha rogado diseñarle un ropaje de *Venustre*; haber hecho la corte a un director de teatro, que me ha dicho al despedirse: “Haría bien en dirigirse a Z...; es el más lerdo, tonto y célebre de mis autores; con él quizá podría llegar a alguna cosa. Búsquelo, y después nos vemos”; haberme jactado (¿por qué) de varias acciones que nunca he cometido, y haber negado cobardemente otras fechorías que he cumplido con deleite, delito de fanfarronada, crimen de respeto humano; haber negado a un amigo un servicio fácil, y dado una recomendación escrita a un perfecto pícaro. Uf, ¿acabó todo aquello?.

Descontento de todos, descontento de mí, quisiera recobrarne y enorgullecerme un poco en el silencio y la soledad de la noche. Almas de aquellos que he amado, almas de los que he cantado, fortalézcanme, sosténganme, alejen de mí la mentira y los vahos corruptores del mundo, ¡y tú, Señor, Dios mío, otórgame la gracia de escribir algunos versos hermosos que me prueben que no soy el último de los hombres, que no soy inferior a los que desprecio!

LA MUJER SALVAJE Y LA PEQUEÑA AMANTE

“En verdad, querida, me fatigas sin medida ni piedad; se diría, al oír tus suspiros, que sufres más que las espigadoras sexagenarias y las viejas mendigas que alzan mendrugos de pan en las puertas de las tabernas.

“Si tus suspiros al menos expresaran el remordimiento, te darían cierta honradez, pero sólo traducen la saciedad del bienestar y el agobio del reposo. Además, no te fatiga repetir interjecciones inútiles: ‘¡Quiéreme mucho! ¡Lo necesito tanto! ¡Consuélame por acá, acaríciame por allá!’. Mira, trataré de curarte; hallaremos quizás el medio por dos céntimos, a mitad de una fiesta y sin ir muy lejos.

“Consideremos correctamente, te ruego, esta sólida jaula de hierro tras de la cual se agita, aullando como condenado, sacudiendo los barrotes como orangután exasperado por el exilio, imitando en su perfección los saltos circulares del tigre y los bamboleos estúpidos del oso blanco, este monstruo peludo cuya forma imita muy vagamente la tuya.

“Este monstruo es uno de aquellos animales a los que suele llamársele ‘¡ángel mío!’, es decir, una mujer. El otro monstruo, el que grita a pleno pulmón, bastón en la mano, es el marido. Ha encadenado a su legítima esposa como bestia, y la muestra los días de feria en las barriadas, con permiso de las autoridades, ni se discute.

“¡Pon mucha atención! Mira con qué voracidad (ni siquiera simulada) destroza conejos vivos y aves piadosas que le avientan su cornaca. ‘¡Vamos — dice él—; no hay que tragarse todo en un día!’. Y con esta frase sabia le arranca cruelmente la presa, cuyas tripas devanadas quedan colgando un instante en los dientes de la bestia feroz, perdón, de la mujer.

“¡Vamos! ¡Un palazo para calmarla! Porque ella clava una mirada terriblemente codiciosa sobre la arrebatada ración. ¡Gran Dios!. ¡El bastón no es de comedia! ¿Escuchaste el sonido de la carne, pese al pelo postizo?. Los ojos se le salen ahora de la cara y aulla con más naturalidad. En su rabia, centellea toda como el hierro al ser forjado.

“¡Vaya costumbres conyugales de dos descendientes de Adán y Eva, obra de tus manos, oh Señor!. Esta mujer es sin duda desdichada, si bien, después de todo, los disfrutes titilantes de la gloria no le son acaso desconocidos. Hay desdichas más irremediables, y sin compensación. Pero en el mundo donde ha sido arrojada, ella nunca ha podido discurrir que la mujer mereciera otro destino.

“¡A nosotros, ahora, preciosa amada! Miremos los infiernos que pueblan este mundo. ¿Qué quieres que piense de tu bello infierno, tú que sólo reposas sobre telas más suaves que tu piel, que sólo comes la carne cocida que un hábil criado se ha ocupado en trozar?. ¿Y qué pueden significar para mí, oh coqueta robusta, todos los suspiritos que hinchan tu pecho perfumado?. ¿Qué, todas aquellas afectaciones aprendidas en los libros, y esa infatigable melancolía hecha para inspirar al espectador un sentimiento contrario a la piedad? En verdad, me dan ganas en ocasiones de mostrarte lo que es la verdadera desdicha.

“Al verte así, oh bella delicada, con los pies en el lodo y los ojos vueltos vaporosamente hacia el cielo como pidiendo un rey, se pensaría creíblemente en una joven rana invocando el ideal. Si desprecias al jefecillo (lo que ahora soy, como saber) ¡ten cuidado con la grulla que *te masticará, engullirá y matará como se le dé la gana!*

¡Aunque sea poeta, soy menos incauto de lo que imaginas, y si me fatigas con demasiada frecuencia con tus hermosos lloriqueos, te trataré como mujer salvaje, o te echaré por la ventana como botella vacía”.

LAS MUCHEDUMBRES

No es dable a todos bañarse de multitud: es un arte gozar de la muchedumbre. Sólo a quien el hada ha insuflado desde la cuna del gusto del disfraz y de la máscara, el odio del domicilio y la pasión del viaje, puede darse, a expensas del género humano, una comilona de vitalidad.

Multitud, soledad: términos iguales y convertibles para el poeta activo y fecundo. Quien no sabe poblar su soledad, no sabe tampoco estar solo entre la muchedumbre atareada.

El poeta goza del incomparable privilegio de poder ser a su modo él mismo y los otros, como esas almas errantes que buscando un cuerpo entran cuando quieren en cualquier persona. Sólo para él todo esta vacante; y si ciertos lugares parecen cerrársele, es porque a sus ojos no vale la pena ser visitados.

El paseador solitario y pensativo se embriaga singularmente de esta comunión universal. El que desposa fácilmente con la muchedumbre conoce febriles goces que serán ajenos para siempre al egoísta, cerrado como cofre, y al perezoso, enterrado como molusco. Adopta como suyas todas las profesiones, alegrías y miserias que la circunstancia ofrece.

Lo que los hombres llaman amor es muy pequeño, muy restringido y muy débil, comparado con esta inefable orgía, con esta santa prostitución del alma que se entrega entera, poesía y caridad, a lo imprevisto que se revela, a lo desconocido que pasa.

Es bueno ilustrarles alguna vez a los dichosos de este mundo, aunque sea por humillar un instante su orgullo estúpido, que hay felicidades superiores a la suya, más amplias y refinadas. Los fundadores de colonias, los pastores de pueblos, los curas misioneros exiliados en el confín del mundo, conocen sin duda algo de estas misteriosas embriagueces, y en el corazón de la vasta familia en que su genio se modeló, deben reírse de vez en vez de los que se conduelen por su fortuna tan agitada y por su vida tan casta.

LAS VIUDAS

Vauvenargues dice que en los jardines públicos hay alamedas frecuentadas fundamentalmente por la desengañada ambición, por los inventores desdichados, por las glorias abortadas, por los corazones rotos, por todas las almas tumultuosas y cerradas, en que resuenan todavía los últimos suspiros de una tempestad, y que se alejan de la mirada insolente de lo alegres y los ociosos. Estos retiros sombríos son lugares de cita para los lisiados de la vida.

Es sobre todo hacia estos lugares donde el poeta y el filósofo gustan dirigir sus ávidas conjeturas. Hay pastura, en verdad. Porque si hay un sitio que desdeñen visitar, como lo insinué hace un momento, es sobre todo la alegría de los ricos. No hay nada que les atraiga de esta turbulencia en el vacío. Al contrario, se sienten irresistiblemente arrastrados hacia todo lo débil, ruinoso, entristecido, huérfano.

Los ojos experimentados no se equivocan nunca. En esos rasgos rígidos o abatidos, en esos ojos hundidos y tiernos, o brillantes por los últimos relámpagos de la lucha, en esas arrugas profundas y numerosas, en esos pasos tan lentos o sofrenados, descifran inmediatamente las leyendas innumerables del amor engañado, del sacrificio mal reconocido, de los esfuerzos sin recompensa, del hambre y del frío soportados con humildad, en silencio.

¿Ha visto usted a las viudas pobres sobre estos bancos solitarios? Es fácil reconocer si están de luto o no. Por demás, hay siempre en el luto del pobre alguna carencia, una falta de armonía que lo vuelve más lastimoso. Se ve obligado a escamotear su dolor; el rico lleva el suyo por entero.

¿Cuál es la viuda más triste y la más entristecedora? ¿La que jala de la mano a un niño con el que no puede compartir su fantasía, o la que está completamente sola? No sé... se me ocurrió seguir una vez por largas horas a una de estas viejas afligidas; rígida, erguida, con un gastado chalecito, su presencia denotaba una estoica altivez.

Estaba claramente condenada, por una soledad absoluta, a las costumbres de un viejo solterón, y el carácter masculino de sus hábitos ponía un toque misterioso a su austeridad. Ignoro en qué miserable café y de qué modo desayunó. La seguí hasta el cuarto de lectura, y la espíe largo rato mientras escudriñaba en las gacetas con ojos vivos, desde antiguo quemados por las lágrimas, noticias del interés poderoso y personal.

Al fin, en la tarde, bajo un cielo otoñal encantador, uno de esos cielos de donde caen en tumulto pesares y recuerdos, se sentó aparte en un jardín, para oír, lejos de la muchedumbre, uno de esos conciertos musicales con que los regimientos gratifican al pueblo parisiense.

Eso era sin duda la pequeña orgía de esta vieja inocente (o de esta vieja purificada), el consuelo bien ganado de tediosos días sin amigos, sin charlas, sin alegría, sin confidente, que Dios dejaba caer sobre ella, después de quién sabe cuántos años, trescientos sesenta y cinco veces al año.

Una más:

No pude impedir una mirada, si no de universal simpatía, al menos curiosa, a la multitud de parias que se apretujan alrededor del círculo de un concierto público. La orquesta lanza a través de la noche cantos festivos, triunfales o placenteros. Los vestidos se arrastran espejeando; las miradas se cruzan; los ociosos, fatigados de no hacer nada, se balancean, fingiendo deleitarse de manera indolente con la música. Sólo hay aquí lo rico, lo dichoso; nada que no respire o que no inspire la negligencia o el deleite de dejarse vivir; nada salvo el aspecto de la turba que se apoya sobre la barda exterior, y que atrapa gratis, a merced del viento, jirones de música, y que mira la destellante hornaza interior.

Siempre es algo interesante el reflejo de la alegría del rico en el fondo de los ojos del pobre. Pero ese día, en medio de la chusma ataviada de blusas e indiana, vi un ser cuya nobleza hacía un contraste luminoso con la trivialidad circundante.

Era una mujer alta, majestuosa, y de aire tan noble que no recuerdo haber visto otra parecida en las colecciones de bellezas aristocráticas del pasado. Un perfume de orgullosa virtud despedía su persona. Su rostro, triste, enflaquecido, estaba en perfecto acuerdo con el duelo riguroso que vestía. Ella, como la plebe a la que se había mezclado y a la que no veía, miraba el orbe luminoso con ojos profundos, y cabeceando con suavidad, escuchaba.

¡Singular visión! “De seguro, me dije, esta pobreza, si pobreza hay, no admite la economía sórdida; un rostro tan noble me lo dice. ¿Por qué permanece, pues, espontáneamente en un medio donde es una mancha que splende?”.

Pero al pasar cerca de ella, creí adivinar el motivo: la esbelta viuda llevaba de la mano un niño vestido de negro como ella; por módico que fuera el precio de entrada bastaba quizá para pagar una de las necesidades del pequeño, más aún, una bagatela, un juguete.

Y ella habría vuelto a pie, meditando y soñando, sola, siempre sola, porque el niño es turbulento, egoísta, áspero, impaciente, y no puede, como el simple animal —el gato, el perro— servir de confidente a los dolores solitarios.

EL VIEJO SALTIMBANQUI

Por doquiera el pueblo se ostentaba, se dispersaba, se recreaba en su día de asueto. Era una de las solemnidades que esperan largo tiempo saltimbanquis, prestidigitadores, amaestradores de animales y vendedores ambulantes, para compensar las malas rachas del año.

Me parece que en esos días el pueblo olvida todo, el dolor y el trabajo; se vuelve como los niños. Para los pequeños es día festivo, es el horror de la escuela aplazado veinticuatro horas. Para los adultos es un armisticio firmado con las potencias malvadas de la vida, tregua en la batalla y la lucha universales.

Aun el hombre de mundo y el hombre ocupado en labores espirituales escapan difícilmente a la euforia popular. Sin querer absorben su porción de la atmósfera de indolencia. Yo, auténtico parisiense, nunca dejo de pasar revista a cada barraca que se pavonea en estas épocas solemnes.

Habían competencias realmente formidables: chillaban, berreaban, aullaban. Se mezclaban gritos, detonaciones de cobre, explosiones de cohetes. Volatineros y bobalicones convulsionaban los rasgos de sus rostros curtidos y endurecidos por viento, lluvia y sol; se lanzaban, con el aplomo de comediantes seguros del efecto, chistes y bromas de firme y concentrada comicidad como las de Molière. Los héroes, orgullosos de la enormidad de sus miembros, sin frente y cráneo como los orangutanes, se pavoneaban con majestuosidad bajo las mallas lavadas la víspera para la ocasión. Las bailarinas, bellas como hadas o princesas, saltaban y hacían cabriolas bajo el resplandor de las linternas que poblaban sus faldas de destellos.

Todo era luz, polvo, gritos, regocijo, tumulto; unos gastaban, otros ganaban, unos y otros alegres de igual modo. Los niños se colgaban de la falda de sus madres para obtener un bastón de caramelo, o trepaban a los hombros de sus padres para ver mejor a un escamoteador resplandeciente como dios. Y dondequiera circulaba, dominando los perfumes, un olor de fritura que era como el incienso de la fiesta.

Al final, en el último extremo de la fila de barracas, como si se hubiera exiliado con vergüenza de todos los esplendores, vi a un pobre saltimbanqui, corcovado, caduco, decrepito, una ruina de hombre, recargado en uno de los postes de su pocilga —pocilga más miserable que la del salvaje más embrutecido, y en donde dos puntas de velas, escurriendo, humeando, iluminaban demasiado bien la miseria.

En todas partes alegría, ganancia, desenfreno; en todas partes la certeza del pan de mañana; en todas partes la frenética explosión de la vitalidad. Aquí, miseria absoluta, miseria embozada, y para colmo del horror, en andrajos cómicos, donde la necesidad, mucho más que el arte, había perpetrado el contraste. ¡El miserable no reía!. No lloraba, no bailaba, no gesticulaba, no gritaba, no cantaba canciones alegres o lamentosas, no imploraba. Estaba mudo, inmóvil. Había renunciado y abdicado. Su destino estaba hecho.

¡Pero qué mirada profunda, inolvidable, paseaba sobre la multitud y las luces, cuya ola en movimiento se detenía a pocos pasos de su repulsiva miseria!. Sentí que la garganta me la cerraba la terrible mano de la histeria, y me pareció que mi mirada se había ofuscado por esas lágrimas rebeldes que no quieren caer.

¿Qué hacer? ¿Qué ganaba con interrogar al infortunado sobre las curiosidades o maravillas que podía mostrar en estas tinieblas pestilentes detrás de la cortina desgarrada?. No me atreví, en verdad; y aunque el motivo de mi timidez los haga reír, confesaré que temí humillarlo. Al fin, decidí depositar algunas monedas sobre una de las tablas, esperando que adivinara mi intención, cuando un gran reflujo de gente, causado por yo no sé qué agitación, me arrastró lejos de él.

Y al volver, obsesionado por la visión, busqué analizar mi dolor repentino. Me dije: “Acabo de observar la imagen del viejo hombre de letras que ha sobrevivido a la generación de la que fue lúcido entretenimiento; el viejo poeta sin amigos, sin familia, sin hijos, degradado por la miseria y por la ingratitud pública, y hundido en una barraca donde el mundo olvidadizo ya no quiere entrar”.

EL PASTEL

Viajaba. El paisaje donde estaba situado era de majestuosidad y nobleza irresistibles. Algo se transmitía sin duda en ese momento a mi alma. Mis pensamientos revoloteaban con ligereza igual a la de la de la atmósfera; las pasiones vulgares, como el odio y el amor profano, las veía ahora tan alejadas como los nubarrones que desfilaban en el fondo de los abismos, a mis pies; mi alma me parecía tan vasta y tan pura como la cúpula del cielo que me envolvía; el recuerdo de las cosas terrestres no llegaba a mi corazón sino debilitado y disminuido, como el sonido de las esquilas de las imperceptibles manadas que pasaban lejos, muy lejos, por la vertiente de otra montaña. Sobre el pequeño lago inmóvil, negro por su inmensa profundidad, pasaba a veces la sombra de una nube, como el reflejo de la capa de un gigante aéreo volando a través del cielo. Y recuerdo que aquella sensación solemne y rara, causada por un gran movimiento perfectamente silencioso, me llenaba de alegría mezclada de miedo. En pocas palabras: me sentía, gracias a la apasionante belleza que me rodeaba, en perfecta paz conmigo mismo y con el universo; creo aún, que en mi impecable beatitud y total olvido de todo el mal terrestre, había llegado a no encontrar tan ridículos los periódicos que pretenden que el hombre nació bueno —cuando la materia incurable, renovadas sus exigencias, me hizo pensar en reparar la fatiga y calmar el apetito causado por tan larga ascensión. Saqué del bolsillo un buen trozo de pan, una taza de cuero y un frasco con cierto elixir que los farmacéuticos vendían en aquellos tiempos a los turistas para mezclarlo, según la ocasión, con agua de nieve.

Cortaba tranquilamente el pan, cuando un ruido ligerísimo me hizo alzar los ojos: ante mi estaba un pequeño ser desarrapado, negro, desgredado, cuyos ojos hundidos, feroces y suplicantes, devoraban el trozo de pan. Y lo oí suspirar, con voz baja y ronca, el vocablo: *¡pastel!*. No pude evitar reírme al oír la designación con la que quería honrar mi pan casi blanco, y corté una buena tajada, que le ofrecí. Se acercó con lentitud, sin quitar los ojos del objeto de su codicia; luego, arrebatándome el trozo, retrocedió con velocidad, como si temiera que mi oferta no fuera sincera o yo me fuera a arrepentir.

Pero en ese mismo instante lo derribó otro pequeño salvaje, salido quién sabe de donde, y tan perfectamente parecido a él, que podrían haberlo confundido como hermano gemelo. Rodaron por el suelo, disputándose la apreciable presa, no queriendo ninguno, sin duda, sacrificar la mitad para su hermano. El primero, exasperado, empuñó los cabellos del otro; éste le mordió la oreja, y escupió un trocito ensangrentado, profiriendo en argot un soberbio juramento. El legítimo propietario del pastel trató de hundir sus pequeñas garras en los ojos del usurpador; éste, a su vez, aplicó toda su fuerza para estrangular a su rival con una mano, mientras que con la otra intentaba deslizar en su bolsillo el trofeo de la batalla. Pero, reavivado por la desesperación, el vencido se alzó y de un cabezazo en el estómago hizo rodar al vencedor por tierra. ¿Para qué describir esta lucha repugnante que duró, en verdad, más tiempo de lo concebible para sus fuerzas infantiles?. El pastel pasaba de mano en mano y cambiaba a cada instante de bolsillo; pero, ay, cambiaba también de volumen; y cuando al fin, extenuados, jadeantes, ensangrentados, se detuvieron por la imposibilidad de continuar, no hubo ya, realmente, razón alguna para el combate: el trozo de pan había desaparecido, y estaba disperso en migajas semejantes a los granos de arena con los que se habían mezclado.

El espectáculo llenó de brumas el paisaje, y el goce calmo en que se recreaba mi alma antes de ver a estos hombrecillos, se había desvanecido por completo; quedé largo rato entristecido, repitiéndome con obstinación: “¡Hay pues, un país soberbio donde al pan se le llama *pastel*, golosina tan rara que basta para engendrar una guerra perfectamente fraticida!”.

EL RELOJ

Los chinos ven la hora en los ojos de los gatos.

Un día, un misionero, que pasaba por un suburbio de Nankín, advirtió que había olvidado el reloj, y le preguntó a un chiquillo la hora.

El pilluelo del Celeste Imperio dudó al principio, pero después, rectificando, contestó: “Se lo voy a decir”. Instantes después reapareció llevando en sus brazos un gato robusto, y mirándolo, como se dice, en lo blanco de los ojos, afirmó sin vacilar: “No son aún las doce de la mañana”.

Era cierto.

Si me inclino hacia la bella felina, la bien nombrada, que es simultáneamente honor de su sexo, orgullo de mi corazón y perfume de mi espíritu, sea de día, sea de noche, a plena luz o en sombra opaca, en el fondo de sus ojos veo siempre la hora con limpidez, siempre la misma, hora vasta, solemne, grande como el espacio, indivisible en minutos o segundos, una hora inmóvil no señalada en relojes, y sin embargo, leve como suspiro, rápida como ojeada.

Y si algún inoportuno viniera a molestarme cuando mi mirada reposa sobre el delicioso cuadrante; si algún gwenio deshonesto y sin tolerancia, si algún demonio de los contratiempos llegara a decirme: “¿Qué miras con tanta minucia?. ¿Qué indagas en los ojos de este ser?. ¿Ves la hora, mortal, pródigo y haragán?”, yo, sin vacilaciones, respondería: “Sí veo la hora. ¡Es la eternidad!”.

¿No es este acaso, señora, un bello madrigal sin duda meritorio y tan enfático como usted misma?. He hallado tanto placer en bordar esta pretenciosa galantería que no le pediré nada a cambio.

UN HEMISFERIO EN UNA CABELLERA

Déjame respirar largo rato, largo rato, el olor de tus cabellos, y sumergir mi rostro, como un sediento en el agua del manantial, y agitarlos con mi mano como pañuelo fragante, para sacudir recuerdos en el aire.

¡Si pudieras saber todo lo que veo, todo lo que siento, todo lo que oigo en tus cabellos!. Mi alma viaja en el perfume como el alma de lo otros en la música.

Tus cabellos contienen un sueño lleno de arboladuras y velámenes; contienen vastos mares, cuyos monzones me llevan hacia encantadores climas, donde el espacio es más azul y profundo, donde la atmósfera está aromada por frutos, por hojas y por la piel humana.

En el océano de tu cabellera entreveo un puesto donde hormigean cantos melancólicos, hombres vigorosos de todas las naciones y navíos de todas formas que recortan sus arquitecturas finas y complejas de un cielo inmenso donde se pavonea el calor eterno.

En las caricias de tu cabellera respiro el olor del tabaco mezclado con opio y azúcar; en la noche de tu cabellera veo esplendor el infinito del azul tropical; sobre las orillas vellosas de tu cabellera me embriago con los olores mezclados del alquitrán, del musgo y del aceite de coco.

Déjame morder largo rato tus trenzas negras y pesadas. Cuando mordisqueo tus cabellos, rebeldes y elásticos, me parece que devoro recuerdos.

LA INVITACIÓN AL VIAJE

Hay un país soberbio, país de Jauja —cuentan— que sueño visitar con una antigua amiga. País singular, ahogado en las brumas de nuestro norte y que podría llamársele el oriente del occidente, la China de Europa. De tal modo se dilata la cálida y caprichosa fantasía; de tal modo la ha ilustrado porfiada y pacientemente con sus sabias y delicadas vegetaciones.

Auténtico país de Jauja, donde todo es bello, rico, apacible, honesto; donde el lujo se complace mirándose en el orden; donde la vida es sustanciosa y suave al respirarse; donde están excluidos desorden, turbulencia, imprevistos; donde el silencio está esposado con la dicha; donde aun la cocina es poética, sustanciosa y excitante; donde todo se te parece, ángel mío, querida.

¿Conoces la febril enfermedad que se apodera de nosotros en las frías miserias, la nostalgia por el país que se ignora, la angustia de la curiosidad?. Hay una nación que se te parece, donde todo es bello, rico, apacible, honesto, donde la fantasía ha edificado una China occidental, donde la vida se respira suavemente, donde el silencio está esposado con la dicha. ¡Es allá donde debemos vivir!. ¡Es allá donde debemos morir!.

Sí, allá debemos respirar, soñar y dilatar las horas a través de lo infinito de las sensaciones. Un músico ha escrito la *Invitación al vals*; ¿quién escribiría la *Invitación al viaje* para ofrecérselo a la amada, a la hermana elegida?.

Sí sería bueno vivir en esta atmósfera, donde las horas más lentas contienen más pensamientos, donde los relojes llaman a la dicha con más honda y significativa solemnidad.

Sobre páneles lucientes o sobre cueros dorados de una sombría riqueza, viven con discreción pinturas beatas, profundas y sosegadas, como las almas de los artistas que las crearon. Los crepúsculos que ricamente colorean el comedor o el salón, están tamizados por bellas telas o por altas ventanas labradas que el plomo divide en múltiples compartimentos. Los muebles son amplios, curiosos, extravagantes, llenos de cerraduras y secretos como almas refinadas. Espejos, metales, telas, orfebrería, loza, tocan para los ojos una sinfonía muda y misteriosa; y de todas las cosas, de todos los rincones, de las fisuras de las gavetas y de los pliegues de la tela, escapa un perfume único, un *vuelve* de Sumatra, que es como el alma del apartamento.

EL JUGUETE DEL POBRE

Quisiera dar idea de un pensamiento inocente. ¡Hay tan pocas diversiones no culpables!

Cuando salga usted en la mañana con la firme intención de vagar por la carretera, llene los bolsillos de invencioncitas baratas: el polichinela que es movido por un solo hilo; el herrero que forja en el yunque; el caballero y el caballo (la cola de éste es un silbato), y enfrente de las tabernas, al pie de los árboles, déselos a chiquillos desconocidos y pobres que encuentre. Verá cómo sus ojos se agrandan desmesuradamente. En un principio no se atreverán a tomarlos; dudarán de su fortuna. Luego aferrarán el regalo, y huirán como gatos que van a comer lejos el trozo arrojado, habiendo aprendido la lección de desconfiar del hombre.

En una carretera, detrás de la verja de un vasto jardín, al fondo del cual deslumbraba la blancura de un hermoso castillo herido por el sol, estaba un fresco y guapo niño, con vestimenta de campo llena de coquetería. El lujo, la despreocupación y el espectáculo habitual de la riqueza, vuelven a estos niños tan bellos que los creeríamos hechos de una pasta distinta a la de los niños de la mediocridad o la pobreza.

A su lado, yacía sobre la hierba un juguete espléndido, fresco como su dueño, pulido, dorado, con vestido púrpura, y cubierto de penachos y abalorios. Pero el niño no se ocupaba de su juguete predilecto, sino miraba del otro lado de la verja, hacia la carretera, donde, entre cardos y ortigas, había otro niño, sucio, miserable, fuliginoso, uno de aquellos rapaces en que un ojo imparcial descubriría la belleza. Si —como la mirada del conocedor adivina una pintura ideal bajo el barniz del carro— le hubieran limpiado la repugnante pátina de la miseria.

A través de los simbólicos barrotes que dividían dos mundos, la carretera y el castillo, el niño pobre lo mostraba su juguete al niño rico, quien lo examinaba con avidez como objeto raro y desconocido. ¡Pero el juguete que el chiquillo harapiento excitaba, agitaba y sacudía en una caja enredada era una rata viva!. Los padres —seguro por economía— le habían dado un juguete de la vida misma.

Y los dos pequeños reían fraternalmente entre ellos con dientes de *idéntica* blancura.

LOS DONES DE LAS HADAS.

Había gran asamblea de hadas para proceder a la repartición de dones entre los recién nacidos que habían llegado a la tierra en la últimas veinticuatro horas.

Estas antiguas y caprichosas hermanas del destino, madres extravagantes del deleite y del dolor, eran hartamente diversas: unas tenían aire sombrío y ceñudo; otras, retozón y malicioso; unas, jóvenes, habían sido siempre jóvenes; otras, viejas, habían sido siempre viejas.

Todos los padres con fe en las hadas habían venido cargando su recién nacido en brazos.

Los dones, las facultades, los azares felices, las circunstancias invencibles estaban acumuladas a un costado del tribunal, como los premios sobre el estrado, para su entrega. Lo que había aquí de distintivo era que los dones no se daban como recompensa a un esfuerzo, sino, antagónicamente, como una gracia acordada para el que aún no había vivido, gracia que podía determinar su destino y volverse fuente de su desdicha y felicidad.

Las pobres hadas estaban atareadísimas porque era interminable la multitud de solicitantes, y el mundo intermediario, puesto entre el hombre y Dios, está sometido como nosotros a la terrible ley del tiempo y a su infinita posteridad, días, horas, minutos, segundos.

Estaban realmente aturcidas como ministros un día de audiencia o como empleados del Monte de Piedad cuando una fiesta nacional autoriza desempeños gratuitos. Creo aun que miraban de vez en vez las manecillas del reloj con tanta impaciencia como jueces terrenales que, estando en sesión desde la mañana, sueñan inevitablemente en la cena, en la familia, en las queridas pantuflas. Si en la justicia sobrenatural hay un poco de precipitación y de azar, no nos asombremos que los haya asimismo algunas veces en la justicia humana. Seríamos nosotros, en tal caso, jueces injustos.

Fueron perpetrados asimismo en este día algunas tomaduras de pelo que podrían considerarse como raras, si la prudencia, más que el capricho, fuera el rasgo distintivo y eterno de las hadas.

De tal modo, la aptitud de atraer magnéticamente la fortuna fue otorgada al heredero único de una familia muy rica, que sin capacidad alguna para la caridad ni codicia por los bienes más visibles de la vida, se encontraría más tarde embarazado prodigiosamente con sus millones.

Fueron dados el amor a la belleza y la fuerza poética al hijo de un sombrío indigente, cantero de oficio, que no podía de ningún modo ayudar ni aliviar las necesidades de su deplorable progenitura.

Olvidaba decir que la distribución en estos casos solemnes no pueden apelarse, ni puede rechazarse ningún don.

Se levantaron las hadas creyendo su labor cumplida —puesto que ningún regalo o largueza quedaban por arrojar a toda esta escoria humana— cuando un buen hombre, un pobre y pequeño comerciante, creo, se levantó y empuñando el vestido de vapores policromos del hada que tenía más cerca, exclamó: “¡Eh, señora!. ¡No me olvide!. ¡Falta el mío!. ¡No me gustaría haber venido en balde!”.

El hada podía verse en un enredo; *nada* quedaba ya. Pero recordó a tiempo una ley muy conocida, pero aplicada excepcionalmente en el mundo sobrenatural que habitan estas deidades impalpables, amigas del hombre, y obligadas a menudo a adaptarse a sus pasiones, como las hadas, los gnomos, las salamandras, las sílfides, los silfos, los nixos, las ondinas y los ondinos —quiero referirme a la ley que concede a las hadas, en casos parecidos, es decir, de terminación de lotes, la facultad de otorgar uno, suplementario y excepcional, siempre y cuando tenga imaginación suficiente para crearlo al momento.

El hada buena respondió con aplomo digno de su rango: “Otorgo a tu hijo... le doy... el *don de agradar*”.

—¿Pero agradar?. ¿Cómo?. ¿Agradar?. ¿Para qué agradar?— preguntó neciamente el boticario, que era sin duda uno de esos razonadores tan comunes, incapaces de elevarse hasta la lógica del absurdo.

—¡Porque... porque...! —repuso el hada con furia, volviéndole la espalda; y al unirse al cortejo de sus compañeras, comentó: “¿Qué opinión les merece este francesito vanidoso, que quiere entender todo y que habiendo conseguido el mejor de los lotes para su hijo, se atreve aún a interrogar y a discutir lo indiscutible?”.

LAS TENTACIONES O EROS, PLUTO O LA GLORIA

Dos soberbios satanes y una diablesa, no menos extraordinaria, ascendieron anoche por la escalera misteriosa desde donde el infierno ataca la debilidad del hombre que duerme, y se comunica en secreto con él. Y vinieron a colocarse gloriosamente ante mí, de pie, como sobre un estrado. Un esplendor sulfuroso emanaba de los tres personajes que de ese modo resaltaban del fondo opaco de la noche. Tenían un aire tan orgulloso y tan dominante, que los tomé en principio como verdaderos dioses.

El rostro del primer satán era de sexo ambiguo, y tenía asimismo en las líneas de su cuerpo la voluptuosidad de los antiguos Bacos. Sus bellos ojos languidecientes, de color lúgubre e indeciso, parecían violetas cargadas aún con las lágrimas pesadas de la tormenta, y sus labios entreabiertos, cálidos pebeteros, de donde se exhalaba un penetrante olor de perfumería; y cada vez que suspiraba, se iluminaban insectos almibarados revoloteando en los ardores de su aliento.

Una serpiente tornasol estaba enrollada como cinturón en su túnica, y alta la cabeza, volvía hacia él extenuadamente los ojos de brasa. En este vivo cinturón colgaban, alternando con frascos de siniestros licores, cuchillos radiantes e instrumentos de cirugía. En la mano derecha tenía otro frasco cuyo contenido era de un rojo brillante, etiquetado con extrañas palabras: “Bebe: esta es mi sangre. Un perfecto cordial”. A la izquierda, un violín que con seguridad le servía para cantar sus placeres y sufrimientos, y para contagiar su locura en noches de aquelarre.

Sus delicados tobillos arrastraban sortijas de una cadena de oro rota, y cuando la molestia lo forzaba a mirar hacia el suelo, contemplaba con vanidad las uñas de sus pies, fúlgidas y pulidas como piedras bien trabajadas.

Me miró con ojos inconsolablemente afligidos que derramaban una embriaguez insidiosa, y con voz encantadora, dijo: “Si quieres, si lo quieres, te haré señor de las almas, y serás el amo de la materia viva, más que el escultor puede serlo del barro; y sabrás del deleite infatigable de salir de ti mismo para olvidarte en los otros, y atraer a las almas hasta fundirlas con la tuya”.

Contesté: “¡Un millón de gracias! Nada tengo que hacer en medio de esta pacotilla de seres que, con toda seguridad, no valen más que mi pobre yo. Aún si tengo alguna vergüenza al recordarme, no me gusta olvidar nada; y si no te hubiese reconocido, viejo monstruo, tu cuchillería misteriosa, tus equívocos

frascos, las cadenas que traban tus pies, representan símbolos que explican con claridad los inconvenientes de una amistad como la tuya. Conserva tus regalos”.

El segundo satán no tenía ni este aire a la vez trágico y sonriente, ni estas bellas maneras insinuantes, ni esta belleza delicada y aromática. Era un hombre vasto, de grueso rostro sin ojos, con la panza cayéndosele a los muslos, y cuya piel estaba dorada e ilustrada, como por un tatuaje, con una multitud de móviles figuritas representando las numerosas formas de la miseria universal. Había hombrecitos enflaquecidos que se colgaban voluntariamente en un clavo; había pequeños gnomos deformes, entecos, cuyos ojos suplicantes reclamaban mejor la limosna que sus trémulas manos; había viejas madres llevando unos abortos enganchados en sus tetas extenuadas; había muchos otros.

El satán gordo se daba puñetazos sobre su inmenso vientre, de donde salía un prolongado y resonante tintineo metálico, que terminaba en un vago gemido hecho de múltiples voces humanas. Y reía, mostrando sin pudor los dientes cariadados, con una enorme risa imbécil, como ciertos hombres de cualquier país cuando han comido a satisfacción.

Me dijo: “¡Puedo darte lo que consigue todo, lo que vale todo, lo que reemplaza todo!”. Y se golpeaba el monstruoso vientre, cuyo eco sonoro hacía el comentario de su vulgaridad verbal.

Me volví con asco, y repuse: “No tengo necesidad, para mi goce, de la miseria de nadie; y no quiero una riqueza entristecida, como papel pintado, de todas las desdichas ilustradas sobre tu piel”.

En cuanto a la diablesa, mentiría si no confesara que a primera vista le encontré un encanto raro. Para definir este encanto no sabría cotejarlo con nada mejor que al de bellísimas mujeres maduras, que sin embargo no envejecen ya, y cuya belleza guarda la magia penetrante de las ruinas. Tenía a la vez una aire imperioso y desmadejado, y sus ojos, aunque abatidos, contenían una fuerza fascinante. Lo que me impresionó más, fue el misterio de su voz, en la que volvía a encontrar la huella de las *contralti* más deliciosas y un poco también de la ronquera de las gargantas mojadas sin cesar por el aguardiente.

“¿Quieres conocer mi poderío?” —dijo la falsa diosa con su voz hechicera y paradójica. “Escucha”.

Embocó una gigantesca trompeta encintada como un mirlitón con los títulos de todos los diarios del universo, y a través de la trompeta gritó mi nombre que rodó por el espacio con el ruido de cien mil truenos, y volvió repercutido por el eco del más lejano planeta.

“¡Diablo!” —dije, a medias subyugado— “¡Esto sí es hermoso!”. Pero examinando con más detalle a la seductora virago, me pareció vagamente que la reconocía por haberla visto bebiendo con algunos pícaros conocidos míos; y el ronco sonido del cobre trajo a mis oídos no sé qué recuerdo de una trompeta prostituida.

Así, pues, repliqué con absoluto desdén: “¡Vete! No estoy hecho para casarme con la amante de algunos que no quiero nombrar”.

Tenía derecho sin duda a estar orgulloso por tan ardorosa abnegación. Pero por desdicha desperté, y mis fuerzas enteras me abandonaron. “En verdad, me dije, se necesitaba estar tan profundamente dormido para mostrar tales escrúpulos. ¡Ay, si pudieran regresar ahora que estoy despierto, no me haría tanto el delicado!”.

Los invoqué a voz en cuello, suplicándoles que me perdonaran, ofreciéndoles deshonorarme las veces que fueran necesarias para ganar sus favores; pero seguramente los ofendí demasiado, porque no ha vuelto jamás.

EL CREPÚSCULO DE LA TARDE

El día cae. Una gran paz se hace en los pobres espíritus fatigados de la labor de la jornada, y sus pensamientos adquieren ahora los colores tiernos e indecisos del crepúsculo.

Sin embargo, desde lo alto de la montaña llega a mi balcón, a través de las nubes translúcidas del crepúsculo, un enorme alarido formado por una multitud de gritos discordantes que el espacio transforma en lóbrega armonía, como el de la marea que sube o la tempestad que rompe.

¿Quiénes son los desdichados que la tarde no calma, y que toman, como los búhos, la llegada de la noche como señal de aquelarre? Este siniestro ulular nos llega del negro hospicio clavado en la montaña; y al ocaso, fumando y contemplando el reposo del inmenso valle erizado de casas en que cada ventana dice: “Aquí está la paz ahora; aquí está la alegría de la familia”, puedo, cuando el viento sopla desde lo alto, mecer mi pensamiento asombrado por esta imitación de las armonías del infierno.

El crepúsculo excita a los locos. Me acuerdo que tuve un par de amigos a quienes el crepúsculo enfermaba. Uno, en ese periodo, olvidaba lazos de amistad y cortesía, y maltrataba como salvaje al primero en llegar. Lo he visto lanzar a la cabeza de un capitán de meseros un excelente pollo, porque suponía ver en él no sé qué insultante jeroglífico. La caída de la tarde, precursora de profundos placeres, le estropeaba las cosas más suculentas.

El otro, un ambicioso herido, se volvía, a medida que la luz se iba, más agrio, más sombrío, más impaciente. Con indulgencia y sociabilidad durante el día, tornábase despiadado por la noche; y no sólo con los otros, sino consigo mismo ejercía con rabia su manía crepuscular.

El primero murió loco, incapaz de reconocer a su mujer y a su hijo; el segundo lleva la inquietud de una enfermera perpetua, y aun si se le gratificara con todos los honores que pueden conferir repúblicas y príncipes, creo que el crepúsculo encendería en él todavía el quemante anhelo de distinciones imaginarias. La noche, que cubría con sus tinieblas a su espíritu, trae luz al mío; y si no es raro ver que la misma causa engendra dos efectos contrarios, eso, siempre, me ha intrigado y alarmado.

¡Oh noche! ¡Oh refrescantes tinieblas! ¡Son ustedes para mí signo de una fiesta interior, la liberación de angustias! ¡En la soledad de las llanuras, en los

dédalos pétreos de una capital, centelleo de estrellas, estallido de linternas: son ustedes el fuego de artificio de la diosa libertad!.

¡Crepúsculo: cómo eres dulce y tierno! Los resplandores róseos que arrastran todavía en el horizonte como la agonía del día bajo la opresión victoriosa de su noche, los fuegos de los candelabros que hacen manchas de rojo opaco sobre las últimas glorias del atardecer, los pesados cortinajes que una mano invisible atrae de las profundidades del oriente, imitan todos los complejos sentimientos que luchan en el corazón del hombre en las horas solemnes de la vida.

Se diría incluso de esos extraños atavíos de bailarinas, donde la transparente y sombría gasa deja entrever los esplendores suavizados de una falda destellante, como bajo el negro presente se trasluce el delicioso pasado; y las estrellas vacilantes de oro y plata que la siembran, representan esos fuegos de la fantasía que sólo se alumbran bien bajo el duelo profundo de la noche.

LA SOLEDAD

Un filántropo gacetillero me dice que la soledad es mala para el hombre; y para secundar su tesis, cita, como todos los incrédulos, palabras de los padres de la iglesia.

No ignoro que el demonio frecuente de buena gana los lugares áridos, y que el espíritu del homicidio y de la lubricidad se inflaman espléndidamente en las soledades. Sin embargo, sería posible que esta soledad sólo fuera peligrosa para la ociosa y divagadora alma que la puebla con sus pasiones y quimeras.

Es verdad que, un charlatán, cuyo supremo deleite consiste en hablar desde lo alto de una cátedra o de una tribuna, se arriesgaría con creces a volverse loco furibundo en la isla de Robinson. No exijo de mi gacetillero las ardorosas virtudes de Crusoe, pero solicito que no haga decreto de acusación contra los enamorados de la soledad y del misterio.

En nuestras razas parloteadoras hay individuos que aceptarían con menos repugnancia el supremo suplicio, si se les permitiera proferir, desde lo alto del cadalso, una arenga torrencial, sin temor de que los tambores de Santerre les cortaran intempestivamente la palabra.

No los compadezco, pues adivino que sus efusiones oratorias les procuran idénticas delectaciones que otros sacan del silencio y del recogimiento; pero los desprecio.

Anhelo sobre todo que el maldito gacetillero me deje divertirme a mi guisa. “Usted, pues, ¿no prueba nunca —me dice con tono nasal muy apostólico— la necesidad de compartir sus regocijos?” ¡Observen al sutil envidioso! ¡Sabe que desdeño los suyos, y viene, el espantoso aguafiestas, a insinuarse en los míos!

“¡Esa gran desdicha de no poder estar solo...!” —dice en cierto texto La Bruyère, con intención de avergonzar a los que corren a olvidarse en la muchedumbre, por temor, sin duda, de no poder soportarse a sí mismos.

“Casi todas nuestras desgracias suceden por no haber sabido permanecer en nuestro cuarto”, refiere otro sabio, creo que Pascal, llamando así a la celda del recogimiento a todos esos enloquecidos que buscan la felicidad en el movimiento y en una prostitución que podría llamar *fraternitaria*, si quisiera hablar la bella lengua de mi siglo.

LOS PROYECTOS

Paseando por un amplio parque solitario, se dijo: “¡Qué bella se vería con vestido cortesano, complejo y suntuoso, bajando, a través de la atmósfera de una hermosa noche, la escalera de mármol de un palacio, frente a las vastas praderas y los estanques! ¡Naturalmente tiene el aire de una princesa!”.

Al recorrer más tarde una calle, se detuvo en una tienda de grabados, y como hallara en un cartón una estampa que representaba un espacio tropical, se dijo: “¡No! No es en un palacio donde quisiera poseer su amada vida. No estaríamos *en casa*. Además, las paredes acribilladas de oro, no dejarían sitio para colgar su imagen; en las solemnes galerías no hay un rincón para la intimidad. Sin vacilación, es *allí* donde deberíamos morar para el cultivo del sueño de mi vida”.

Al analizar los detalles del grabado, continuaba mentalmente: “¡A la orilla del mar, una bella cabaña de madera, rodeada de estos árboles extraños y lucientes, de los que no recuerdo los nombres..., en la atmósfera, un olor embriagador, indefinible..., en la cabaña, un penetrante olor de almizcle y rosa..., más lejos, detrás de nuestro pequeño dominio, puntas de mástiles balanceadas por las olas..., alrededor de nosotros, más allá de la recámara iluminada por una luz rósea, tamizada por las cortinas, decorada con esteras frescas y flores espirituosas, con raros asientos de rococó portugués, de madera pesada y lóbrega (¡donde ella reposaría apaciblemente, abanicándose, fumando tabaco ligeramente opiáceo!) más allá de la varenga, del escándalo de los pájaros ebrios de luz, y el parloteo de las negritas... Y en la noche, como acompañamiento de mis sueños, el canto lamentoso de los árboles de música, de melancólicos filaos! Sí, en verdad, es *ése* el escenario que buscaba. No tengo nada que hacer en un palacio”.

Y más lejos, como siguiera por una gran avenida, advirtió un albergue limpiecito, donde, desde una ventana alegrada por cortinas de indiana policroma, asomaban dos cabezas risueñas. Y en seguida: “Se necesita —pensó— que mi pensamiento sea un definitivo vagabundo para buscar tan lejos lo que está tan cerca de mí. Placer y felicidad se hallan en el primer albergue que topamos, en el albergue del azar, tan fecundo en voluptuosidades. Una buena chimenea, lazos refulgentes, una cena agradable, vino seco, y una cama muy amplia con sábanas un poco ásperas, frescas. ¿Qué mejor?”

Y volviendo a su casa, a la hora que los consejos de la sabiduría no son ahogados por el zumbido de la vida externa, se dijo: “He soñado con tres

domicilios en los que he encontrado un deleite idéntico. ¿Por qué obligar a mi cuerpo a cambiar de sitio si mi alma viaja tan ligeramente? ¿Y para qué realizar proyectos, si el proyecto en sí mismo es suficiente disfrute?”.

LA BELLA DOROTEA

El sol agobia a la ciudad con su luz recta y terrible; la arena esplende y el mar espejea. El mundo estupefacto sucumbe con cobardía y se tiende a hacer una siesta, que es como una muerte apetitosa en la que el soñador, despierto casi, paladea las voluptuosidades de su aniquilamiento.

Sin embargo, Dorotea, fuerte y altiva como el sol, camina en la calle desierta, único ser vivo a esta hora bajo el inmenso azul, y deja en la luz una mancha rutilante y negra.

Avanza, balanceando suavemente su torso delicadísimo sobre sus caderas tan amplias. Su vestido de seda ceñido, de tono claro y rosa, resalta vivamente en las tinieblas de su piel y moldea exactamente su largo talle, su espalda hundida, su garganta afilada.

La sombrilla roja, cerniendo la luz, proyecta sobre su rostro sombrío el afeite ensangrentado de sus reflejos.

El peso de su enorme cabellera casi azul echa hacia atrás su delicada cabeza y le da un aire triunfante y perezoso. Pesados arañales susurran secretos en sus lindas orejas.

De vez en vez la brisa del mar alza los extremos de su falda flotante y muestra sus piernas lucientes y soberbias; y sus pies, semejantes a los pies de las diosas de mármol que Europa encierra en sus museos, imprimen fielmente su forma en la fina arena. Pues Dorotea es tan prodigiosamente coqueta, que el deleite de ser admirada le arrebató el orgullo de la libertad, y aunque libre, camina descalza.

Avanza así, con armonía, feliz de vivir, sonriente, con una sonrisa límpida, como si percibiera lejos en el espacio un espejo reflejando su paso y su belleza.

A la hora en que los perros mismos gimen de dolor bajo el sol que los muerde, ¿qué motivo poderoso hace ir así a la perezosa Dorotea, bella y fría como el bronce?.

¿Por qué dejó su pequeña cabaña, tan coquetamente dispuesta, donde flores y esteras, con tan poco gasto, hacen un perfecto tocador; donde disfruta tanto peinándose, fumando, haciéndose abanicar o mirándose en el espejo de sus amplios abanicos de plumas, mientras el mar, que golpea la playa a cien pasos, hace un poderoso y monótono acompañamiento a sus fantasías

indecisas, y la marmita de hierro, donde cuece un guisado de cangrejo con arroz y azafrán, le envía, desde el fondo del patio, sus excitantes perfumes?.

Tal vez tiene cita con un joven oficial que en playas lejanas, oyó a sus compañeros hablar de la célebre Dorotea. Infaliblemente la simple criatura le rogará que le describa el baile de la Opera, y le interrogará si se puede ir descalza, como a las danzas del domingo, donde las viejas cafrinas se embriagan y enfurecen de alegría, y más aún, si las bellas damas de París son más hermosas que ella.

Dorotea es admirada y mirada por todos, y sería perfectamente feliz si no estuviera obligada a amontonar piastra sobre piastra para rescatar a su hermanita de once años, que ya está madura y es tan bella. ¡Lo logrará sin duda, la buena Dorotea! ¡El amo de la niña es tan avaro, demasiado avaro para comprender otra belleza que no sea la del dinero!

LOS OJOS DE LOS POBRES

¡Ah! Usted quiere saber por qué la detesto hoy. Será sin duda menos fácil para usted comprenderlo, que para mí explicárselo; porque usted es, creo, el más alto ejemplo de impermeabilidad femenina que se puede encontrar.

Pasamos juntos una larga jornada que me pareció breve. Nos habíamos prometido que todos nuestros pensamientos serían comunes para el uno y el otro, y que nuestras almas en lo futuro serían una —un sueño que después de todo carece de originalidad, si no es que, soñando por todos, no ha sido realizado por ninguno.

En la noche, un poco cansada, quiso usted sentarse delante de un café nuevo que hacía esquina con un nuevo bulevar, aún lleno de yesones y mostrando gloriosamente sus esplendores inacabados. Centelleaba el café. El gas desplegaba el ardor de una inauguración e iluminaba con toda su fuerza los muros deslumbrantes de blancura, las telas espléndidas de los espejos, los oros de las varillas y de las cornisas, los pajes de mejillas redondas arrastrados por perros en trailla, las risueñas damas con el halcón puesto sobre un puño, las ninfas y las diosas que llevaban sobre la cabeza frutas, empanadas y caza, las Hebes y los Ganímedes ofreciendo, con el brazo tendido, la anforita bávara o el obelisco bicolor de los helados compuestos: toda la mitología y la historia al servicio de la glotonería.

Frente a nosotros, de pie, en la calzada, estaba plantado un buen hombre de unos cuarenta años, de rostro cansado y barba encanecida, tomando de la mano a un muchachito y cargando con el otro brazo a un pequeño demasiado débil para caminar. Cumplía el trabajo de un mentor y hacía tomar a sus niños el aire de la noche. Todos en andrajos. Los tres rostros estaban extraordinariamente serios, y los seis ojos contemplaban con fijeza el café nuevo con idéntica admiración, sólo matizada de modo diverso por la edad.

Los ojos del padre decían: “¡Qué belleza! ¡Qué belleza! ¡Se diría que todo el oro del miserable mundo hubiese sido traído para adornar estos muros!”. Los ojos del muchachito: “¡Qué belleza! Pero a esta casa sólo pueden entrar gentes que no son como nosotros”. Los ojos del más pequeño estaban demasiado fascinados para expresar otra cosa que no fuera un deleite estúpido y profundo.

Las canciones dicen que el placer vuelve al alma buena y dulcifica el corazón. La canción esta noche era justa en lo que respecta a mí. No sólo me sentía enternecido por esa familia de ojos, sino me daban cierta vergüenza nuestros vasos y garrafas, mayores que nuestra sed. Volvía mis ojos a los suyos, oh amada, para leer *mi* pensamiento; me sumergía en sus ojos tan bellos y tan extrañamente dulces, en sus bellos ojos verdes habitados por el capricho e inspirados por la luna, cuando usted me dijo: “¡Esa gente me resulta intolerable con esos ojos abiertos como puertas cocheras! ¿No podría decirle al dueño del café que los aleje?”.

¡Es tan difícil entenderse, amado ángel, y el pensamiento mismo llega a ser incommunicable, aun entre gentes que se aman!

MUERTE HEROICA

Fanciullo era un bufón admirable, y casi un amigo del Príncipe. Pero a las personas consagradas por oficio a la comicidad, lo serio tiene fatales atracciones, y aun cuando pueda parecer raro que las ideas de patria y libertad se apoderen con despotismo del cerebro de un histrión, un día Fanciullo se vio envuelto en una conspiración urdida por cortesanos descontentos.

Existen en todas partes hombres de bien para denunciar al poder a estos individuos de humor irascible que quieren deponer príncipes y operar, sin consultarla, el cambio de la sociedad. Los antedichos señores y el mismo Fanciullo fueron detenidos y condenados a muerte.

Creería de buena gana que el Príncipe casi se enfadó por encontrar a su comediante favorito entre los alzados. El Príncipe no era ni mejor ni peor que los otros, pero una excesiva sensibilidad lo volvía, en numerosos casos, más cruel y déspota que sus iguales. Apasionado por las bellas artes —siendo además, excelente conocedor— era en verdad insaciable en deleites. Con amplia indiferencia respecto a hombres y moral, verdadero artista él mismo, su único enemigo de peligro era el hastío, y los esfuerzos extraños que realizaba para huir de él o vencer a este tirano del mundo le hubiera ganado, de parte de un historiador severo, el epíteto de *monstruo*, si estuviera permitido escribir en sus dominios algo que no apuntara únicamente hacia el placer o el asombro, que es una de las formas más delicadas de placer. La mayor desventura de este Príncipe fue que nunca tuvo un teatro lo suficientemente vasto para su genio. Hay jóvenes Nerones que se ahogan en límites muy estrechos, y del que los siglos por venir ignorarán siempre el nombre y la buena voluntad. La Providencia, imprevisora, le había dado facultades más amplias que sus Estados.

Como relámpago corrió el rumor de que el soberano quería conceder gracia a los conjurados; y el origen del rumor fue el anuncio de un magno espectáculo en el que Fanciullo debía representar uno de sus fundamentales y mejores roles, y al que asistirían incluso —se decía—, los cortesanos condenados; signo evidente, añadían espíritus superficiales, de tendencias generosas en el ofendido Príncipe.

Para un hombre tan natural y voluntariamente excéntrico todo era posible, aun la virtud o la clemencia, sobre todo si hubieran podido darle disfrutes inesperados. Pero para quienes como yo habíamos logrado penetrar

más hondo en las profundidades de esta alma curiosa y enferma, era infinitamente más probable que el Príncipe quisiera juzgar valores escénicos de un hombre condenado a muerte. Quería aprovechar la ocasión para hacer una experiencia fisiológica de interés *capital*, y verificar hasta qué punto las facultades habituales de un artista podían ser alteradas o modificadas por la extraordinaria situación en la que se encontraba. ¿Existía en su alma una intención más o menos firme de clemencia? Es un dato que no ha podido ser elucidado.

Por fin el gran día llegó, y la pequeña corte desplegó todas sus pompas, y sería difícil concebir, de no haberlo visto, lo que la clase privilegiada de un pequeño estado, con precarios recursos, puede gastar en verdaderas solemnidades. Esta era verdadera doblemente: primero, por la magia de la fastuosidad manifestada; segundo, por el interés moral y misterioso al que se había asociado.

Maese Fanciullo descollaba sobre todo en papeles mudos o de pocas palabras, que son con frecuencia los principales en estos dramas mágicos cuyo objeto es representar simbólicamente el misterio de la vida. Entró en escena con ligereza y soltura perfecta, lo que ayudó a fortalecer en el noble público, la idea de benevolencia y perdón.

Cuando se dice de un comediante: “He así un buen comediante”, uno se apoya en una fórmula que indica que tras el personaje se deja adivinar el comediante, es decir, el arte, el esfuerzo, la voluntad. Ahora bien, si un comediante logra alcanzar, representando el personaje que le toca en turno, lo que las mejores estatuas de la antigüedad milagrosamente animadas, vivas, andantes, videntes, sería seguramente, en lo que concierne a la idea general y confusa de belleza, un caso singular y completamente imprevisto. Fanciullo fue esa noche una perfecta idealización que era imposible no suponer viva, posible, real. El bufón iba, venía, reía, lloraba, se convulsionaba, con una aureola indestructible alrededor de la cabeza, aureola invisible para todos, visible para mí, y donde se confundían, en extraña amalgama, los rayos del arte con la gloria del martirio. Fanciullo introyectaba no sé por qué gracia especial, lo divino y lo sobre natural, hasta en las más extravagantes bufonadas. Mi pluma tiembla y lágrimas de emoción siempre presentes me inundan los ojos mientras busco describirles esta inolvidable noche. Fanciullo me probaba, de modo terminante, irrefutable, que la embriaguez del arte es más apta que ninguna otra ninguna otra para velar los terrores del abismo; que el genio puede representar la comedia al borde de la tumba con una alegría que le impide ver la tumba, perdido como está en un paraíso donde se excluye cualquier idea de tumba y destrucción.

Este público, hastiado y frívolo como podría ser, sufrió pronto la todo poderosa dominación del artista. Nadie soñó ya en muerte, duelo o suplico. Cada uno se entregó sin inquietud a los placeres numerosos que da la contemplación de una pieza áurea de arte vívido. Las explosiones de goce y admiración estremecieron varias veces las bóvedas del edificio con la energía de un relámpago continuo. El Príncipe mismo, embriagado, unió sus aplausos a los de la corte.

Sin embargo, para un ojo clarividente su embriaguez no carecía de mixtura. ¿Se sentía vencido en su poder despótico? ¿Humillado en su arte de aterrorizar corazones y entorpecer espíritus? ¿Frustrado en sus esperanzas y burlado en sus previsiones? Tales supuestos no exactamente justificados, pero no absolutamente injustificables, atravesaron mi pensamiento mientras contemplaba el rostro del Príncipe en el que una palidez nueva se sumaba a la palidez habitual, como nieve con nieve. Se le cerraba cada vez más los labios y los ojos relampagueaban con un fuego interior análogo a los celos y el rencor, aún cuando aplaudiera ostensiblemente los talentos de su viejo amigo, el extraño bufón, que bufoneaba espléndidamente con la muerte. En cierto momento vi a Su Alteza inclinarse hacia un pajecillo colocado detrás de él, y hablarle al oído. La cara traviesa del hermoso niño se iluminó con una sonrisa, y abandonó con viveza el palco del Príncipe para ejecutar la comisión urgente.

Minutos más tarde un silbido agudo, prolongado, interrumpió a Fanciullo en un gran momento, y desgarró a la vez oídos y corazones. Y del lugar de la sala de donde surgió esta desaprobación inesperada, un niño, con risas sofocadas, se precipitó hacia el corredor.

Fanciullo, sacudido, despertando de su sueño, cerró primero los ojos, volvió a abrirlos casi en seguida desmesuradamente, abrió después la boca como para respirar compulsivamente, se bamboleó un poco hacia delante, un poco hacia atrás, y cayó, rígido, sobre las tablas.

¿Había frustrado realmente al verdugo este silbido rápido como espada? ¿El Príncipe había adivinado la eficacia homicida de su astucia? Está permitida la duda. ¿Deploró a su querido e inimitable Fanciullo? Es dulce y legítimo creerlo.

Los cortesanos involucrados se habían deleitado por última vez con el espectáculo de la comedia. Esa misma noche fueron borrados de este mundo.

Desde entonces, varios mimos, apreciados justamente en diversos países, han venido a actuar en la corte de... pero ninguno ha alcanzado los talentos de Fanciullo, ni logrado elevarse hasta el mismo favor.

LA MONEDA FALSA

Una vez que nos alejamos de la tabaquería, mi amigo hizo un esmerado escrutinio de monedas; en el bolsillo izquierdo del chaleco deslizó pequeñas piezas de oro; en el derecho, monedas de plata; en el bolsillo izquierdo del pantalón, un montón de céntimos, y por último, en el derecho, una pieza de plata de dos francos que había examinado especialmente.

“¡Singular y minuciosa repartición!” —me dije.

Nos encontramos con un indigente que nos tendió, temblando, un recipiente. Nada me inquieta más que la elocuencia muda de estos ojos suplicantes, que tienen a la vez, para el hombre sensible que sabe leer en ellos, tanta humildad y tantos reproches. Se encuentra cierta aproximación a esta profundidad de intrincados sentimientos, en los ojos llorosos de los perros cuando se les latiguea.

La limosna de mi amigo fue hartamente más considerable que la mía, y le dije: “Tienes razón; después del placer de asombrarse, nada mejor que sorprender”. —“Era la moneda falsa” —repuso tranquilamente, como para justificar su prodigalidad.

Pero en mi cerebro miserable, siempre ocupado en buscar el mediodía a las catorce horas (¡qué fatigosa facultad me otorgó la naturaleza!) entró de pronto la idea que una conducta análoga, por parte de mi amigo, no era disculpable sino por el deseo de crear un acontecimiento en la vida de este pobre diablo, y acaso conocer las diversas consecuencias, funestas y demás, que puede engendrar una moneda falsa en las manos de un mendigo. ¿No podía multiplicarse en piezas verdaderas? ¿No podían enviarlo a prisión? Un tabernero, un panadero, por casos, iban a hacerlo arrestar por monedero falso o como expendedor de monedas falsas. Podía ocurrir acaso que la moneda falsa se convirtiera para el pobre mini-especulador en germen de riqueza por algunos días. En fin, mi fantasía desbordaba prestando alas a la mente de mi amigo y sacando todas las posibles deducciones de todas las hipótesis posibles.

Pero mi amigo rompió bruscamente mis construcciones ilusorias retomando mis propias palabras: “En efecto, tienes razón; no hay deleite más dulce que sorprender a un hombre dándole más de lo que espera”.

Lo miré a lo blanco de los ojos, y me espantó advertir que sus ojos brillaban con incontestable candor. Advertí con claridad que había querido

hacer al mismo tiempo caridad y un buen negocio: ganar cuarenta céntimos y el corazón de Dios; ir al paraíso económicamente; en fin, conseguir gratis el diploma de hombre caritativo. Le había casi perdonado el deseo del placer criminal del que le supuse casi un momento antes; habría encontrado curioso, singular, que se divertiera en comprometer a los pobres; pero no podría perdonarle la torpeza de su cálculo. No es excusable nunca ser malvado, pero es hasta cierto grado meritorio saber que se es; y el más irreparable de los vicios es de hacer el mal por tontería.

EL JUGADOR GENEROSO

Ayer, entre la muchedumbre del bulevar, sentí que me rozaba un ser misterioso que siempre anhelé conocer, y a quien reconocí de inmediato, aun si no lo hubiese visto nunca. El tenía, sin duda, respecto a mí, un parecido anhelo, pues al pasar me hizo un guiño significativo que me apresuré a obedecer. Lo seguí escrupulosamente, y pronto bajé, detrás de él, a una luciente morada subterránea, donde resplandecía un lujo al que ninguna de las habitaciones superiores de París podría aproximársele. Me pareció singular que hubiera pasado tan a menudo al lado de esta prestigiosa guarida sin adivinar la entrada. Reinaba aquí una atmósfera exquisita, aunque espirituosa, que hacía olvidar casi instantáneamente los fastidiosos horrores de la vida; se respiraba una sombría beatitud, análoga a la que debieron probar los comedores de loto cuando, al desembarcar en una isla encantada, iluminada por fulgores de un eterno mediodía, sintieron nacer en ellos, con los sonidos estremecedores de melodiosas cascadas, el deseo de no volver a ver nunca más penates, mujeres e hijos, y de no remontar de nuevo los altos oleajes del mar.

Había rostros extraños de hombres y mujeres, con la marca de una hermosura fatal, que me pareció haber visto ya en épocas y países que me era imposible registrar con exactitud, y que me inspiraban más bien una fraternal simpatía que el temor que nace comúnmente ante la vista de lo desconocido. Si quisiera definir de algún modo la expresión peculiar de sus miradas, diría que nunca vi brillar más enérgicamente en ningunos ojos el horror al hastío y el inmortal anhelo de sentirse vivo.

Mi huésped y yo, éramos ya, al sentarnos, viejos y perfectos amigos. Comimos y bebimos desafortunadamente toda suerte de extraordinarios vinos, y algo no menos extraordinario: me pareció, después de horas, que no estaba más ebrio que él. Sin embargo el juego, placer sobre-humano, había interrumpido en diversos intervalos nuestras constantes libaciones, y debo decir que había jugado y perdido el alma, en un albur, con indolencia y ligereza heroicas. El alma es cosa tan impalpable, tan inútil frecuentemente, y a veces tan incómoda, que no probé, al perderla, sino un poco menos de emoción que si hubiera extraviado en un paseo mi tarjeta de visita.

Fumamos tranquilamente cigarros cuyo sabor y perfume inigualables daban al alma la nostalgia de países y de dichas desconocidos, y embriagados con tales delicias, me atreví a brindar por él, en un acceso de familiaridad que

no pareció disgustarle, apoderándome de una copa llena hasta el borde: “¡A su inmortal salud, viejo chivo!”.

Charlamos también del universo, de su creación y destrucción futura; de la gran idea del siglo, es decir, del progreso y la perfectibilidad, y a grandes rasgos, de todas las formas de vanidad humana. Sobre este tema, Su Alteza no paró en bromas ligeras e irrefutables, expresándose con una suavidad de dicción y una tranquilidad en la chocarrería como no he encontrado en ninguno de los más célebres conversadores de humanidad. Me explicó lo absurdo de las diversas filosofías que habían tomado posesión hasta ahora del cerebro humano, y aun se dignó hacerme confidencias sobre principios fundamentales de los que no me conviene compartir los beneficios y la propiedad con cualquiera. No deploraba de ningún modo la baja reputación de que goza en cualquier parte del mundo, y me aseveró que él era el más interesado en aniquilar la *superstición*, y se dignó confesarme que sólo tuvo miedo respecto de su poder una sola vez: el día que oyó a un predicador, más sutil que sus hermanos, razonar en el púlpito: “¡Queridos hermanos, no lo olviden nunca, cuando oigan elogiar el progreso de las luces, que la mejor astucia del diablo consiste en persuadirlos de que no existe!”.

La remembranza del orador célebre nos llevó desde luego al tema de las academias, y mi extraño convidado afirmó que no desdeñaba, en numerosos casos, inspirar la pluma, las palabras y la conciencia de pedagogos, y que asistía, casi siempre en persona, si bien no visible, a todas las sesiones académicas.

Animado por el cúmulo de bondades, le pregunté sobre Dios, y si lo había visto recientemente. Respondió con indolencia matizada de cierta tristeza: “Nos saludamos al encontrarnos, pero como dos viejos caballeros en quienes una cortesía innata no sabría apagar del todo el rescoldo de antiguos rencores”.

Dudo que Su Alteza haya dado nunca tan larga audiencia a un simple mortal, y temí ser abusivo. Como el alba trémula blanqueaba los vidrios, este célebre personaje, cantado por tantos poetas y servido por tantos filósofos que trabajan para su gloria sin saberlo, me dijo: “Quiero que guarde un buen recuerdo de mí, y probable que yo, de quien se habla tan mal, soy a veces *buen diablo*, para utilizar una locución vulgar.

“A fin de compensar la pérdida irremediable de su alma, le doy la puesta que habría ganado si la suerte hubiera sido para usted, es decir, la posibilidad de aliviar y vencer, durante toda la vida, este raro afecto por el hastío, veta de todos sus males y miserables progresos. No formulará nunca un deseo que yo no le ayude a realizar; reinará sobre sus vulgares semejantes; le llenarán de

adulaciones y aun de adoraciones; plata, oro, diamantes, palacios mágicos, vendrán a buscarlo y le rogarán que los acepte, sin que haga el menor esfuerzo por conservarlos; cambiará de patria y de región tan a menudo como su fantasía se lo ordene; se embriagará de voluptuosidades infatigablemente en países de encanto donde hace siempre calor y donde las mujeres huelen tan bien como las flores —etcétera, etcétera...”, añadió levantándose y despidiéndose con dulce sonrisa.

Si no me hubiera atemorizado humillarme delante de tan vasta asamblea, habría caído de buena gana a los pies de este jugador generoso para agradecerle su inaudita magnificencia. Pero poco a poco, después de que lo dejé, la desconfianza incurable volvió a mi corazón; no me atreví ya a creer en tan prodigiosa dicha, y al acostarme y rezar mis oraciones por una prolongación de costumbre imbécil, repetía en el semi sueño: “¡Dios mío! ¡Señor, Dios mío! ¡Haz que el diablo me cumpla su palabra!”.

LA CUERDA

A Edouard Manet

“Las ilusiones —me decía mi amigo— son tan innumerables acaso como las relaciones de los hombres entre sí, o de los hombres con las cosas. Y cuando la ilusión desaparece, es decir, cuando vemos el ser o el hecho como es exactamente fuera de nosotros, probamos un raro sentimiento, complicado, mitad por el pesar del fantasma desaparecido, mitad por la sorpresa agradable ante lo nuevo, ante el hecho real. Si existe un fenómeno evidente, baladí, siempre análogo y de naturaleza con la que es imposible equivocarse, es el amor de una madre. Es tan arduo suponer una madre sin amor maternal como una luz sin calor. ¿No es, pues, perfectamente legítimo atribuir al amor materno todas las acciones y palabras de una madre en relación a su hijo? Y sin embargo, escuche esta breve historia, en la que fui especialmente engañado por la ilusión más natural.

“Mi profesión de pintor me impele a observar detenidamente los rostros, las fisonomías que se presentan a mi paso, y usted sabe el deleite que extraemos de esta facultad que vuelve a nuestros ojos la vida más intensa y más significativa que para los demás hombres. En el barrio apartado donde vivo, y donde amplios espacios de césped separan los edificios, observaba a menudo un niño cuya fisonomía ardiente y traviesa, más que todas las demás, me hechizó desde el principio. Posó para mí más de una vez, y lo transformé en gitanillo, en ángel, en amor mitológico. Le hice llevar el violín del vagabundo, la corona de espinas y los clavos de la Pasión, y la antorcha de Eros. Le tomé a la picardía del chiquillo un deleite tan vivo que rogué un día a sus padres —gente humilde— que tuvieran a bien cedérmelo, prometiendo vestirlo bien, darle algún dinero y no imponerle otra labor que limpiar los pinceles y servir de mandadero. Este niño, transformado, se volvió encantador, y la vida que llevaba en mi casa le parecía un paraíso en comparación a la que había padecido en el tugurio paternal. Sólo debo añadir que el pequeño monigote me asombró en ocasiones con unas originales crisis de tristeza precoz, y que manifestó pronto un gusto inmoderado por el azúcar y los licores; un día que confirmé que pese a mis amonestaciones había cometido un nuevo hurto de este género, lo amenacé con devolverlo a casa de sus padres. Salí luego, y mis negocios me retuvieron largo rato fuera de casa.

“¿Cuáles serían mi horror y mi asombro cuando, de vuelta a casa, el primer objeto que golpeó mi vista fue el pequeño monigote, el diablito compañero de mi vida, colgado del tablero del armario?! Los pies casi tocaban el piso; una silla, que había sido sin duda empujada con el pie, estaba tirada a su lado; su cabeza colgaba convulsivamente sobre un hombre; el rostro hinchado y los ojos totalmente abiertos con fijeza aterradora, me causaron de inmediato la ilusión de la vida. Descolgarlo no era faena fácil como se cree. Ya estaba demasiado rígido, y yo tenía una repugnancia inexplicable de dejarlo caer con brusquedad hacia el suelo. Había que sostenerlo en peso con un brazo, y con la mano del otro, cortar la cuerda. Pero hecho eso, no se había terminado la tarea; el pequeño monstruo había utilizado un bramante delgadísimo que había penetrado hondamente en las carnes, y era menester ahora, con unas tijeras finísimas buscar la cuerda entre los dos bordes de la hinchazón, para librar el cuello.

“He descuidado decirle que había solicitado desesperadamente auxilio, pero los vecinos no habían querido ayudarme, fieles a los hábitos del hombre civilizado, que nunca quiere —ignoro la causa— tratos con ahorcados. Por fin llegó un médico que declaró que el niño estaba muerto desde hacía varias horas. Cuando más tarde empezaron a desvestirlo para el entierro, la rigidez cadavérica era tal que, desesperado por reflexionar los miembros, tuvimos que lacerar y cortar la ropa para quitársela.

“El comisario, a quien desde luego tuve que notificar el accidente, me miró de un modo oblicuo, y dijo: “¡Esto está medio turbio!”, movido con seguridad por un deseo inveterado y un hábito de oficio de causar miedo a toda costa a inocentes y culpables.

“Quedaba una tarea suprema por cumplir, cuyo solo pensamiento me causaba una angustia terrible: dar aviso a los padres. Mis pies se negaban a caminar. Al fin, me armé de valor. Ante mi gran asombro, la madre permaneció impasible, y ni una lágrima cayó de sus ojos. Atribuí esta rareza al horror mismo que debía sentir, y recordé la divulgada sentencia: “Los dolores más terribles son los dolores mudos”. En cuanto al padre, se contentó con decir con aire medio embrutecido, medio soñador: “¡Después de todo, fue mejor así; habría acabado mal!”.

“El cuerpo estaba tendido sobre un diván, y asistido por una sirvienta, me atareaba en los últimos preparativos, cuando la madre entró a mi taller. Quería —me dijo— ver el cadáver de su hijo. Yo no podía en realidad impedirle embriagarse con su desdicha ni rechazarle este supremo y sombrío consuelo. Me pidió en seguida que le mostrara el lugar donde el hijo se había ahorcado. “¡Oh no, señora —le respondí—, le hará mal!” Y como involuntariamente mis

ojos se volvieron hacia el fúnebre armario, percibí, con repugnancia mezclada de horror y cólera, que el clavo se había quedado hundido en la pared, con un largo trozo de cuerda que colgaba aún. Me lancé fulgurantemente a acarrear los últimos vestigios de la desventura, y como iba a lanzarlo por la ventana abierta, la infeliz mujer asió mi brazo y me dijo con voz irresistible: “¡Oh señor, déjemelo! ¡Se lo ruego! ¡Se lo suplico!” Su desesperación, sin duda —me pareció—, la había enloquecido de tal modo que se apasionaba de ternura por lo que había servido de instrumento para la muerte de su hijo, y quería guardarlo como horrible y amada reliquia. Se quedó con el clavo y el bramante.

“¡Por fin! ¡Por fin! ¡Todo se había cumplido! Sólo me quedaba volver al trabajo con más intensidad que de costumbre, para expulsar poco a poco este pequeño cadáver que cubría los pliegues de mi cerebro, y cuyo fantasma me fatigaba con sus grandes ojos fijos. Pero al siguiente día recibí un paquete de cartas: unas, de inquilinos de mi casa; otras, de vecinos; una, del primer piso; otra, del segundo; otra del tercero, y así sucesivamente; unas en estilo semi bromista, como buscando disfrazar bajo la aparente chanza la sinceridad de la petición; otras, desvergonzadamente pesadas y sin ortografía, pero todas apuntando a un fin, o sea, obtener un trocito de la funesta y beatífica cuerda. Entre los signatarios había, debo referirlo, más mujeres que hombres, pero no todas, créamelo, pertenecían a la clase ínfima y vulgar. Conservo las cartas.

“De pronto un fulgor iluminó mi mente, y comprendí por qué la madre insistía de tal modo en arrancarme el bramante y por el cuál buscaba el consuelo”.

LAS VOCACIONES

En un hermoso jardín donde los rayos del sol de otoño parecían retardarse con placer, bajo un cielo ya verdoso donde nubes de oro flotaban como continentes viajeros, cuatro bellos niños, cuatro muchachos, seguramente cansados del juego, charlaban entre sí.

Uno decía: “Ayer me llevaron al teatro. En palacios grandes y tristes, al fondo de los cuales se ve el mar y el cielo, hombres y mujeres, serios y tristes también, pero mucho más bellos y mejor vestidos que los que vemos dondequiera, hablan con voz que canta. Se amenazan, suplican, se desuelan, y apoyan a menudo su mano sobre un puñal hundido en su cintura. ¡Ah, que hermoso! Las mujeres son mucho más bellas y más altas que las que vienen a casa, y aunque con grandes ojos hundidos y mejillas inflamadas tengan un aspecto horrible, es imposible dejar de quererlas. Se tiene miedo, ganas de llorar, y sin embargo se la pasa uno tan bien... Y lo que es más notable: dan ganas de vestirse igual, de decir y hacer las mismas cosas, de hablar con la misma voz...”

Otro de los cuatro niños, que luego de varios segundos ya no escuchaba el discurso de su compañero y observaba con asombrosa fijeza ignoro que punto del cielo, exclamó de pronto: “¡Miren, miren allá...! ¿Lo ven? Está sobre la nubecilla aislada, la nubecilla color de fuego, que anda pausadamente. *Él* también se diría que nos mira”.

—¿Quién?— preguntaron los otros.

—“Dios”— respondió plenamente convencido. “¡Ah! Ya está muy lejos; en un momento ya no lo veremos. Viaja seguramente para visitar todos los países. Miren: va a cruzar detrás de toda esa fila de árboles que está cerca del horizonte... y ahora baja por detrás del campanario... ¡Ay, no se le ve ya!”

Y el niño quedó largo rato vuelto hacia el mismo sitio, fijando sobre la línea que separa la tierra del cielo los ojos, donde brillaba una expresión inexplicable de éxtasis y pesar.

“¡Vaya tonto! ¡Un Dios que sólo él puede ver!” —dijo el tercero, cuya personita estaba marcada de vivacidad y vitalidad singulares—. “Yo les voy a relatar cómo me sucedió algo que a ustedes nunca les ha sucedido, y que es más interesante que su teatro y sus nubes. Hace días, mis padres me llevaron a un viaje, y como en el albergue donde paramos no había suficientes camas para nosotros, se decidió que dormiría en el mismo lecho que mi sirvienta”. (Atrajo

a sus camaradas más cerca de él, y habló en voz más baja): “Es un efecto singular no dormir solo y estar en una cama con su sirvienta en tinieblas. Como no dormía, me divertía pasándole la mano sobre sus brazos, cuello y hombros mientras ella dormía. Tiene los brazos y el cuello mucho más anchos que las demás mujeres, y la piel es tan suave, tan suave, que se diría papel de cuarta o papel de seda. Experimentaba tanto placer que hubiera continuado largo rato si no hubiera tenido miedo: primero, de despertarla, y luego de no sé qué. En seguida hundí mi cabeza en su cabellera que caía por su espalda como una crin, y olía, les aseguro, como las flores del jardín a esta hora. ¡Intenten, cuando puedan, hacer lo mismo, y lo confirmarán!”.

El joven autor de esta revelación prodigiosa tenía, al hacer su relato, los ojos muy abiertos por una suerte de estupor de lo que probaba aún, y los rayos del sol crepuscular, deslizándose a través de los rojos bucles de su cabellera despeinada, la alumbraba como aureola sulfúrea de pasión. Era fácil adivinar que no perdería su vida buscando la divinidad en las nubes, y que la encontraría con frecuencia en otro lado.

Al fin, el cuarto dijo: “Ustedes saben que me divierto muy poco en casa; no me llevan a los espectáculos; mi tutor es cuidadosamente avaro; Dios no se ocupa de mí ni de mi hastío, y no tengo una bella sirvienta que me cuide. Me ha parecido a menudo que me gustaría ir siempre adelante, sin saber a dónde, sin que nadie le inquiete, y ver siempre países nuevos. Nunca estoy bien en ninguna parte, y creo siempre que estaría mejor en otro sitio del que estoy. Y bien: en la última feria del poblado vecino, vi tres hombres que vivían como quisiera vivir. Ustedes no les prestaron atención. Eran altos, casi negros y llenos de orgullo, y aunque en harapos, tenían aire de no necesitar de nadie. Sus grandes ojos sombríos se volvieron brillantísimos mientras tocaban música, una música tan sorprendente que daban ganas ya de bailar, ya de llorar, o de hacer las dos cosas a la vez, y que enloquecería si se le escuchara demasiado. Uno, arrastrando el arco sobre el violín, parecía cantar una pena, y el otro haciendo saltar el martillo sobre las cuerdas de un pianito colgado en su cuello por una correa, daba la impresión de mofarse del lamento de su vecino, mientras que el tercero chocaba de vez en vez los címbalos con violencia extraordinaria. Tan contentos estaban de sí mismos que siguieron tocando su música salvaje, aun después que la muchedumbre se dispersó. AL fin, recogieron el dinero, cargaron los bultos sobre los hombros, y se fueron. Yo, queriendo indagar dónde vivían, los seguí a distancia hasta la orilla del bosque, donde comprendí que su casa era ninguna parte.

Uno dijo entonces: “¿Armamos la tienda?”.

—¡Por Dios, no!— respondió otro —¡Hace una noche espléndida!.

El tercero dijo, al contar lo recaudado: “Esa gente no siente la música, y sus mujeres parecen osos al bailar. Por suerte, antes de un mes, estaremos en Austria, donde hallaremos un pueblo más amable”.

“Quizá sería mejor ir a España, porque la estación avanza; huyamos antes de las lluvias y sólo mojemos el gaznate” —dijo uno de los otros dos.

“Retuve todo, como ven. En seguida bebieron una taza de aguardiente y durmieron, la frente vuelta hacia las estrellas. Tuve ganas en principio de rogarles que me llevaran y me enseñaran a tocar sus instrumentos, pero no me atreví, sin duda porque es difícil decidirse a no importa qué, y también porque tuve miedo de ser alcanzado antes de cruzar la frontera de Francia”.

La actitud poco interesada de los otros camaradas me hizo discurrir que este pequeño era ya un *incomprendido*. Lo miré con atención; tenía en los ojos y en la frente algo precozmente fatal que aleja generalmente la simpatía, y que, no sé por qué, excitaba la mía, al punto que tuve un momento la idea extravagante que podía ser un hermano desconocido.

El sol se había puesto. La noche solemne había tomado sitio. Los niños se separaron, cada uno yendo, sin saberlo, según las circunstancias y el azar, a madurar su destino, a escandalizar al prójimo y a gravitar hacia la gloria o el deshonor.

EL TIRSO

¿Qué es un tirso? Según el sentido moral y poético, es un emblema sacerdotal en mano de los sacerdotes y las sacerdotisas celebrando la divinidad de la que son interpretes y servidores. Pero físicamente es sólo un palo, un mero palo, pértiga de lúpulo, vara de viña, seco, duro, recto. En torno al palo, en meandros caprichosos, juegan y retozan tallos y flores —éestas, sinuosas y fugitivas; aquellos, inclinados como campanas o volcadas copas—. Una asombrosa gloria surge de esta complejidad de líneas y colores, tiernos y esplendentes. ¿No podría decirse que la línea curva y la espiral hacen la corte a la línea recta y bailan en torno suyo con muda admiración? ¿No podría decirse que estas delicadas corolas, estos cálices, explosiones de aromas y colores, ejecuten un místico fandango alrededor del palo hierático? ¿Y quién es, sin embargo, el mortal imprudente que osaría decidir si las flores y los pámpanos han sido hechos para el palo, o si el palo es sólo pretexto para mostrar la belleza de pámpanos y flores? El tirso es la representación de su asombrosa dualidad, maestro poderoso y venerado, querido Bacante de la belleza misteriosa y apasionada. Ninguna ninfa exasperada por el invencible Baco sacudió jamás su tirso sobre las cabezas de sus compañeras enloquecidas con tanta energía y capricho como usted agita su genio en los corazones de sus hermanos. El palo es su voluntad recta, firme, inquebrantable; las flores son el paseo de su fantasía alrededor de su voluntad; es el elemento femenino ejecutando alrededor del macho sus prestigiosas piruetas. La línea recta y línea arabesca, intención y expresión, firmeza de la voluntad, sinuosidad del verbo, unidad del fin, variedad de medios, amalgama todopoderosa e indivisible del genio. ¿Qué analista tendrá el odioso valor de dividirlo y separarlo?.

¡Querido Liszt: a través de las brumas, más, más allá de los ríos, por encima de ciudades donde los pianos cantan su gloria y la imprenta traduce su sabiduría, en el lugar donde esté usted, en los esplendores de la ciudad eterna o en las brumas de los países soñadores que consuela Gambrinus, improvisando cantos de delectación o de dolor inefable, o confiando al papel de sus meditaciones abstrusas, cantor del placer y de la angustia eternos, filósofo, poeta, artista, lo saludo en la inmortalidad!.

EMBRIÁGUENSE

Se debe estar embriagado siempre. Todo consiste en eso; es el único problema. Para no padecer el horrible fardo del tiempo que quiebra los hombros y los inclina hacia el suelo, un debe embriagarse infatigablemente.

Pero, ¿de qué? De vino, de poesía, de virtud, de lo que sea. Pero embriagarse.

Y si alguna vez, en la escalera de un palacio, sobre la hierba verde de un foso, en la soledad melancólica de su cuarto, ustedes despiertan y la embriaguez ha disminuido o desaparecido, interroguen al viento, a la ola, a la estrella, al pájaro, al reloj, a todo lo que huye, a todo lo que canta, a todo lo que habla, interroguen qué hora es; y el viento, la ola, la estrella, el pájaro, el reloj, contestarán: “¡Es hora de embriagarse! ¡Para no ser esclavos martirizados por el tiempo, embriáguense, embriáguense incansablemente! De vino, de poesía, de virtud, de lo que sea”.

¡YA!

Cien veces el sol había surgido, radiante o contristado, de la tinaja vasta del mar, cuyas orillas apenas se dejan percibir; cien veces se había sumergido de nuevo, destellante o fúnebre, en un inmenso baño de tarde. Desde hacia muchos días, podíamos contemplar el otro lado del firmamento y descifrar el alfabeto celeste de los antípodas. Y los pasajeros gemían y gruñían. Se hubiera dicho que la proximidad de la tierra exasperaba el sufrimiento. “¿Cuándo — deploraban— no tendremos ya un sueño sacudido por las olas, turbado por un viento que ronca más fuerte que nosotros? ¿Cuándo podremos hacer la digestión en un sillón fijo?”.

Había los que pensaban en su casa, y extrañaban a sus mujeres infieles y desagradables, y a su progenie indiscreta. Todos estaban tan enloquecidos por la imagen de la tierra ausente que habrían, creo, tragado hierba con mayor entusiasmo que las bestias.

Por fin se distinguió la orilla, y advertimos, al acercarnos, que era magnífica y luciente tierra. Parecía que las músicas de la vida se desprendieran en vago murmullo, y que de aquella costa, rica en verdor de toda especie, se exhalara, hasta varias leguas, un aroma delicioso de flores y frutos.

Todos se alegraron al punto, y renunciaron al mal humor. Las querellas se olvidaron, los agravios recíprocos fueron perdonados, los convenidos duelos se borraron de la memoria y los rencores se disiparon en humo.

El único triste, inconcebiblemente triste, era yo. ¡Como a un sacerdote a quien le arrancan su divinidad, no podía, sin una amargura enervante, desprenderme de este mar tan monstruosamente hechicero, tan infinitamente variado en su aterradora simplicidad, y que puede contener en él y representar por sus juegos, en su talle, en sus cóleras y sonrisas, los humores, las agonías y los éxtasis de todas las almas que han vivido, viven y vivirán!.

Diciendo adiós a esta belleza inigualable, me sentía triste hasta la muerte; y por eso, cuando alguno dijo “¡por fin!”, yo sólo pude gritar “¡ya!”.

Era la tierra, la tierra con sus rumores, pasiones, comodidades, fiestas; una tierra pródiga y magnífica, pletórica de promesas y que nos enviaba un misterioso perfume de rosa y almizcle, y donde las músicas de la vida no llegaban en un murmullo enamorado.

LAS VENTANAS

El que mira desde fuera a través de una ventana abierta no ve tanto como el que mira una ventana cerrada. No hay objeto más profundo, más misterioso, más rico, más siniestro y más deslumbrante como una ventana alumbrada por una vela. Lo que se puede ver al sol es siempre menos interesante que lo que ocurre detrás de un vidrio. En aquel hoyo negro o luminoso vive la vida, sueña la vida, la vida sufre.

Mucho más allá del oleaje de tejados, percibo una mujer madura, arrugada ya, pobre, siempre inclinada hacia algo, y que no sale jamás. Con su rostro, con su vestido, con su gesto, con su casi nada, he reconstruido la historia de la mujer, o mejor, su leyenda, y a veces me la cuento llorando.

Si hubiera sido un pobre viejo, hubiera inventado la suya con igual agrado.

Y me acuesto, orgulloso de haber vivido y sufrido en otros distintos a mí.

Quizá me dirán ustedes: “¿Estás seguro de que esta leyenda es la auténtica?” ¿Qué importa lo que pueda ser la realidad situada fuera de mí, si me ha ayudado a vivir, a sentir que soy y lo que soy?.

EL DESEO DE PINTAR

¡Desdichado puede ser el hombre, pero feliz el artista que el deseo desgarró!

Ardo por pintar a la que se me apareció tan pocas veces y que huyó veloz, como una hermosa cosa que se lamenta, tras el viajero arrebatado en la noche. ¡Hace cuánto que desapareció!

Es bella, y más que bella, sorprendente. En ella el negro ahonda, y todo lo que inspira es profundo y nocturno. Sus ojos son dos astros donde cintila vagamente el misterio, y su mirada alumbra como el relámpago: es una explosión en la tiniebla.

La equipararía a un sol negro si pudiera concebirse un astro negro vertiendo luz y dicha. ¡Pero ella hace pensar con mejor voluntad en la luna, que sin duda la marcó con su terrible influjo; no la luna blanca de los idilios, que parece una esposa rígida, sino la luna embriagadora y siniestra, suspendida en el fondo de una noche tormentosa, arrastrada por las nubes que se van; no la luna apacible y discreta visitando el sueño de los hombres puros, sino la luna arrancada del cielo, vencida y rebelde, que las hechiceras de Tesalia obligan con dureza a danzar sobre la hierba aterrorizada!.

En su pequeña frente habitan la voluntad porfiada y el amor a la presa. Sin embargo, en lo bajo de ese rostro inquietante, donde las narinas móviles aspiran lo desconocido y lo imposible, estalla, con gracia inexpresable, la risa de una ancha boca roja y blanca, deliciosa, que hace soñar en el milagro de una soberbia flor florecida en un terreno volcánico.

Hay mujeres que inspiran el ansia de vencerlas y gozarlas, pero ésta provoca el deseo de morir lentamente bajo su mirada.

LOS BENEFICIOS DE LA LUNA

La luna, que es el capricho mismo, miró por la ventana mientras dormías en la cuna, y se dijo: “La niña me agrada”.

Y bajó con suavidad por su escala de nubes y pasó silenciosa a través de los vidrios. Se acostó sobre ti con la ternura flexible de una madre, y ardió sus colores sobre tu rostro. Tus pupilas se pusieron verdes, y las mejillas extraordinariamente pálidas. Al contemplar a esta visitante tus ojos se agrandaron extrañamente, y ella te oprimió con tal delicadeza la garganta, que te quedó para siempre el deseo de llorar.

Sin embargo, en la expansión de su gozo, la luna poblaba todo el cuarto como atmósfera fosforescente, como veneno fúlgido; y esta vívida luz pensaba y decía: “¡Padecerás eternamente el influjo de mi beso. Serás bella a mi manera. Amarás lo que amo y lo que me ama: el agua, las nubes, el silencio, la noche; el mar vasto y verde; el agua informe y multiforme; el sitio donde no estés; el amante que no conocerás; las flores monstruosas; los perfumes que provocan delirio; los gatos pasmados sobre los pianos y que gimen como las mujeres, con voz ronca y dulce!

“Y serás amada por mis amantes, cortejada por mis cortesanos. Serás reina de los hombres de ojos verdes a quienes cerré asimismo la garganta con mis caricias nocturnas; de los que aman el mar, el mar vasto, tumultuoso y verde, el agua informe y multiforme, el sitio donde no estés, la mujer que no conocen, las flores fúnebres que se parecen a los incensarios de una religión desconocida, los perfumes que turban la voluntad, y los animales selváticos y voluptuosos que son emblema de su locura”.

Y por eso, maldita, querida niña consentida, estoy ahora tendido a tus pies, buscando en tu figura el reflejo de la terrible divinidad, de la fatídica madrina, de la nodriza emponzoñadora de todos los *lunáticos*.

¿CUÁL ES LA VERDADERA?

Conocía una tal Benedicta, que impregnaba la atmósfera de ideal, y cuyos ojos vertían el deseo de grandeza, de hermosura, de gloria, y de todo lo que hace concebir la inmortalidad.

Pero la milagrosa muchacha era demasiado bella para vivir demasiado; murió días después de que nos conocimos, y yo mismo la enterré un día que la primavera agitaba su incensario hasta los cementerios. Fui yo quien la enterré, perfectamente encerrada en un féretro de madera aromática e incorruptible como los cofres hindúes.

Y como mis ojos permanecían fijos en el lugar donde enterré mi tesoro, vi de pronto una personita que se parecía singularmente a la difunta, la que, pataleando sobre la tierra fresca con violencia histérica y extraña, decía estallando de risa: “¡Soy yo, la verdadera Benedicta! ¡Soy yo, famosa canalla! ¡Y como castigo a tu locura y obcecación, me amarás como soy!”.

Airado respondí: “¡No, no ,no!” Y para acentuar mi rechazo, golpee con tal violencia la tierra con el pie que mi pierna se hundió hasta la rodilla en la sepultura reciente, y como lobo caído en la trampa, permanezco ligado —para siempre, tal vez— a la fosa del ideal.